

DE MADRID A PORTUGAL PASANDO POR CACERES Y SALAMANCA

Por FERNANDO JIMENEZ DE GREGORIO
Catedrático del Instituto "Isabel la Católica".

SUMARIO

- Prólogo.* El por qué de estas líneas. El Cerrillo de San Blas. El itinerario. Viaje de estudios. Sirviendo a la Enseñanza.
- 1.º *Martes, día 22 de marzo de 1966.* Por La Sagra a La Tierra de Talavera. Por El Campo del Arañuelo. Mirabete. Por tierra de los conquistadores. Aquí bautizaron a Pizarro. La plaza de los indianos. Pizarro. Por la meseta cacereña. Las tres ciudades. Torres y palacios. "Esta es la casa de los Golfines". ACCIA JUSTINA A MARCO GEMINO. Piedras armeras en la ciudad de los freires.
- 2.º *Día 23.* Charcas y lagunas. El templo de Las Brozas. El Brocense y Nicolás de Ovando. Cigüeña mangüeña. Al Kantára. Un puente en honor de Trajano. En la raya de Portugal. Olivas en la Beira Baja. En el Ribatejo. A Tomár. El manuelino. Las Cortes de la Unidad. En el atardecer camino de Lisboa. Reflexiones en la noche lisboeta.
- 3.º *Día 24.* Muy de mañana. El palacio da Pena. La Boca do Inferno. En los Jerónimos. El Tajo y sus puentes. Lisboa. Por la ciudad vieja. Con el profesor Trullols Serra.
- 4.º *Día 25.* El viejo camarero de Pontevedra. El aburrido orangután. De nuevo Don Enrique el Navegante. Hacia el Norte. Recordando a Inés de Castro. ¡Aljubarrota! Batalha. A Fátima. En Coimbra.
- 5.º *Día 26.* El latín y los idiomas nacionales. La Universidad. Una santa aragonesa. Un recuerdo para la Excelente Señora. Caminando hacia el Este. De nuevo en España. Por El Campo de Argañán y La Berzosa a Salamanca.
- 6.º *Día 27.* La Roma española. Austeridad. En la Catedral Vieja. Callejeando por Salamanca.
- 7.º *Día 28. Último del viaje.* Por el Campo de Salamanca, La Moraña y La Tierra de Avila. El espíritu de la Santa. San Vicente y Santo Tomás. El que tanto escribió. Plaza de la Catedral. La iglesia de Villacastín. Por el túnel del Guadarrama. La Sierra se urbaniza.

*Prólogo: El por
qué de estas
líneas.*

SIEMPRE he sentido necesidad de escribir sobre los viajes de estudios que hice, porque así fijo las ideas, conocimientos, impresiones que mi contacto con el medio, con los hechos históricos, económicos, artísticos, me sugieren.

Cuando hacía mi leve equipaje para estos siete días de caminar por algunas parcelas de España y de Portugal, dudé si llevar en mi cartera, con los mapas, el consiguiente cuaderno en donde anotar aquellas impresiones. Pensaba que, tal vez, otras ocupaciones me impedirían dedicarme a la grata tarea de ver, de observar y de escribir. Me decidí sin mucho entusiasmo y... allí encontré mi cuaderno, limpio de garabatos, cuando, sentado en la cómoda butaca del coche, empecé a dejar, en aquella fresca mañana del 22 de marzo, el caserío de la Gran Urbe, adentrándonos, por fin, en la mancha verde de los campos de La Sagra, aledaños de Madrid.

Desde hace tres años que soy profesor en el Instituto "Isabel la Católica", he tomado parte, como titular de Geografía e Historia, en la Comisión preparatoria de los viajes que ya, mediado el curso, se organizan con las alumnas del Preuniversitario; una vez a Andalucía, otra a Cataluña, nuestras chicas antes de abandonar este hogar que es nuestro querido Instituto, han conocido, de manos de algunos de sus profesores, una parte de España.

En este curso se habían hecho proyectos de viaje, entre ellos el de visitar algunas zonas de Portugal. Me interesó mucho la idea, ya realizada en ocasión anterior por nuestro Centro, por recordar otra, ya muy lejana, excursión hecha cuando iniciaba mi vida docente en el Instituto de Plasencia, hace justamente treinta años.

Se redujeron a siete los diez días de costumbre, por hacer posible el viaje al mayor número de alumnas y a tres profesores.

Así, las cuarenta y una alumnas de los cuatro grupos del Preu y esos profesores, ocupamos el espléndido autobús de cuarenta y cinco plazas que iba a ser, algo así, como nuestra casa en el largo y variado recorrido. Completan la dotación una gentil representante de Viajeseu, agencia realizadora de la excursión, y el fornido Pedro, hábil conductor, que había de llevar aquél "mastodonte" de doce metros de largo y 170 caballos de fuerza a lo largo de carreteras y calles. En este viaje revalidó su maestría al sacar de una callejuela de Tomár indemne, sin el menor rasguño, el magnífico "Barreiros", que era la admiración de los viajeros al alcanzar velocidades de 90 a la hora, y de las gentes que en las ciudades del trayecto se acercaban a mirarle con gestos laudatorios.

*En el Cerrillo de
San Blas.*

Amanecía cuando uno de los edificios del Cerrillo de San Blas, el del Instituto "Isabel la Católica", abría amarillos boquetes en las sombras para recibir el alborozo de los grupos que se

disponían, armados de sendas maletas, a tomar el autobús que esperaba ya, y emprender el anunciado viaje.

Cuantos proyectos, ideas, contraideas, alegrías, cuanta efusión en los juveniles rostros de estas muchachas vestidas con el más variado atuendo, en donde abundan, cómo no, los inevitables pantalones, sin duda, muy prácticos en este deporte de viajar.

Entre tanto, don Antonio, el profesor de Religión, celebraba la Misa. La señorita Concha Ubeda daba los últimos consejos y el que esto escribe, miraba con benevolencia todo aquél espectáculo, lleno de vida, y daba por bueno los trabajos que, sin duda, le surgirían a lo largo del viaje que ahora comenzaba.

Creo que no estará demás escribir algo sobre la razón de haber elegido este camino y no otro.

El itinerario

Podíamos haber llegado a Portugal por la carretera más cómoda y frecuentada, por demás conocida y no por aquella tan modesta de Piedras Albas y Segura. En años anteriores se había hecho el viaje a Portugal por esa carretera de Badajoz a Lisboa. No era cosa de repetir el itinerario pero, sobre todo, alguno de los profesores tenían especial interés porque las escolares conocieran de visu al más grande puente romano que se conserva en España y en todo el solar de lo que fue el Imperio. No hace falta que diga que se trata de Alcántara, muy cercano a la frontera hispano-portuguesa. Era este viaje una ocasión de disfrutar ese espectáculo haciéndole más fructífero; aparte visitar Trujillo, Cáceres y Las Brozas, localidades todas de interesante pasado, patria de ilustres estirpes y de positivo interés artístico.

Ya en el vecino país, se estimó necesaria la visita a Tomár, cuna de la moderna unidad Ibérica. La visita a Lisboa y sus aledaños, así como a Alcobaca, Batalha, Aljubarrota y Fátima era cosa obligada por motivos varios. Coimbra por su significación histórico-cultural, venía a completar esa rápida panorámica, no podía ser de otra manera, de Portugal. Ya en tierra española de nuevo, Salamanca y Avila eran dos fundamentales hitos en este camino de historia, de arte, de cultura y de piedad.

Los perfiles caballerescos de esa incomparable Cáceres medieval, la teológica y dorada Salamanca, Avila la mística, eran tres ejemplares únicos ante los cuales la atención de nuestras viajeras habían de aprender esa estupenda realidad del pasado español, que tan bien conjugaba con sus trabajos de clase, de los cursos sexto y preuniversitario. La presencia de estas ciudades con sus audaces y fuertes torres, sus templos renacientes, el espíritu de Santa Teresa, significarían una lección inolvidable y necesaria, porque allí lo español se hace universal.

A veces las gentes apartadas de estos quehaceres docentes, sonríen cuando nos referimos a estas excursiones llamándolas *viajes de estudio*; valorando más lo que supone de lícita distrac-

Viaje de estudios

ción y hasta diversión, que lo que se saca de provecho para el conocimiento y formación de los escolares.

Decir aquí todo lo que de formativo y valioso, de estudio, tienen estos viajes sería repetir algo que para nosotros los profesores, está olvidado de puro sabido; pero nunca sobran las palabras dirigidas a estimular esta clase de viajes. De mí puedo decir que he hecho muchos y que a pesar de mis años, ya lejanos de la juventud, cada viaje supone una fuente de conocimiento y una riqueza tal de experiencias que nunca se olvidan. Es la Geografía, la Historia, el Arte puesto con toda la fuerza de lo vivo ante nosotros; pero que de ellos saquemos todo cuanto son y significan. Aparte el valor de los contrastes, la lección que supone la realidad de otro país, otro idioma, otra circunstancia política, económica o social, o sea otra vivencia humana, como en el caso de este viaje que se comenta.

*Sirviendo a la
Enseñanza.*

Si digo que los profesores han estado al servicio de los escolares, parecería ocioso; esto es lo natural, y lo que se viene haciendo todos los días en la agrídulce tarea docente. Mas aquí, por la circunstancia del momento, por la dinámica de la tarea, el espíritu de servir, la dedicación es prácticamente total; yendo desde bajar las maletas, atender a una indisposición, frecuentísimas en estos viajes escolares, hasta explicar, con *dedicación exclusiva*—y nunca mejor empleada la palabra— todo cuanto pueda interesar al profesor o a las alumnas; más no solo ante el monumento o el hecho, sino a lo largo y ancho del paisaje. Los profesores, con la ayuda del “micro”, o en presencia de los hechos históricos, artísticos o geográficos, han prestado el servicio conveniente, para que el viaje sea auténticamente de estudio, para que su utilidad sea completa.

Las alumnas, respondiendo a ese espíritu, han sido ejemplares, contribuyendo al éxito de esta excursión. Esta es una, entre muchas, la experiencia que he sacado de los siete días de trabajo y convivencia con este grupo numeroso y disciplinado, obediente y sensible, de alumnas del Instituto “Isabel la Católica”.

*1.º Martes, día
22 de marzo
de 1966: Por
La Sagra a
la Tierra de
Talavera.*

Hace fresco en esta primavera marceña. El profesor, desde el “micro”, saluda a su joven auditorio y les desea un viaje feliz y provechoso.

Ya sobre la marcha, dejamos atrás la estación del Príncipe Pío, la neoclásica fuente dedicada al arquitecto Villanueva, la Casa de Campo enseñando, a través de sus frondas, el vario caserío de la Feria; el profesor hace alusión al confluir de camiones por esta vía madrileña, sobrecargada con los que muy de mañana llegan a la ciudad.

Vamos saliendo del municipio madrileño, sin advertir cambios importantes en el paisaje urbano, erizado de esqueletos de hierro y cemento, de torres-viviendas de ladrillo, con la ya clásica línea de terrazas exteriores; forma nueva de proyectar a la calle

la casa, antes un poco cerrada a pesar del numeroso balconaje. La calle participa un poco más de la vida hogareña que se sale por esas alegres y amplias terrazas, que se van tiñendo de sol en esta mañana bulliciosa para los que, rápidamente, caminamos por la cinta negra y brillante de la carretera.

Campamento, con sus cuarteles de ladrillo; Cuatrovientos, culminados sus rojos edificios con las pantallas de Radar. Muy cerca, en un altozano, Alcorcón, que ha dejado su línea rural para convertirse en un barrio de este Madrid gigantesco y pulposo, que no deja de crecer. La iglesia y su fea torre de ladrillo, quedan disminuidas por las esbeltas construcciones de cinco y seis pisos; un aire urbano, de modernidad, va cambiando sus viejos perfiles de pueblo sagreño. El topónimo Alcorcón se presta a varias interpretaciones: Puede derivarse de *alcorque*, que viene a ser *encinar*, o de *alcor*, que es lo mismo que *montículo*. Alguien a la vista de este pueblo se refiere a la atracción que ejerce Madrid sobre la población rural de sus alrededores, devolviendo a ellas, en cambio, una de tipo urbano que termina modificando sus perfiles y convirtiendo el *pueblo* en un *barrio* de la Capital.

Rápidamente alcanzamos Navalcarnero, con su nava cubierta de agua, los barrocos chapiteles de pizarra que cubren la torre y la capilla y esa plaza castellana, plena del sol mañanero, de sosiego pueblerino, en donde corren los toros en septiembre. La ejecutoria de Navalcarnero se ennoblece, al realizarse en su oratorio el matrimonio de Felipe IV con su segunda mujer Mariana de Austria.

Ya en la llanura cereal, alcanzamos Valmojado, primer pueblo, por este camino, de la provincia de Toledo; rico en generosos vinos. La carretera se libra de las callejuelas y sale pujante al espacio libre del campo. Mas no pasará mucho tiempo sin que el hombre, amigo fiel de los caminos, la rodee nuevamente de casas. Es ley geográfica. Hoy la carretera general es la vía de comunicación de las grandes ciudades, de poderosos complejos urbano-industriales; los pueblecillos con su vida monótona, rural, miran el rápido paso de las veloces máquinas que los dejan atrás, un poco abandonados a su vida siempre igual.

En los vallejitos, los esqueletos de las higueras levantan sus múltiples brazos al sol radiante. Algunos rodales de matorral de encina, testimonian la antigua flora de *quercus*.

La tierra está húmeda, el cielo límpido y azul sin concesiones; los charcos jalonan el camino, entre los olivares. En la lejanía la bruma borra el contorno de la sierra de San Vicente, al Norte y el de los Montes de Toledo al Sur; por el centro se abre la cuenca del Tajo, que estamos recorriendo.

Se recorta el perfil militar del castillo de Maqueda —*La Firme*—, que integró los estados del condestable don Alvaro de Luna, el de trágico final. Hoy sólo un pequeño grupo de casas

se mantiene en esta, antes poderosa y floreciente, villa. Al pasar por sus cercanías sobresale, del modesto caserío, el esbelto bastión con adornos mudéjares. En este escalón de Maqueda finaliza, por esta zona, la comarca toledana de La Sagra, con sus verdes campos de cereal y viejos olivares.

En seguida llegamos a Santa Olalla —*Santa Eulalia*—, que tuvo en el pasado dos parroquias y un hospital, y fue cabeza del señorío de Orgaz.

No hay pueblo alguno, sobre la carretera que llevamos, entre éste de Santa Olalla y Talavera, solamente el ruinoso caserío de El Bravo, con muchas de sus viviendas convertidas ya en solares; las que hay, se resisten a perecer valiéndose de las tristes muletas de los puntales.

Corremos ahora entre los ríos Alberche y Tajo, acercándonos por momentos al horcajo que forman estos ríos al desembocar el primero en el segundo. Es este un campo feraz, humanizado.

Ya se advierten los chapiteles y cúpulas entre el denso y dinámico caserío de Talavera, uno de los polos de atracción humana del centro de España, capital de la Tierra de su nombre, nudo de comunicaciones de una extensa comarca entre Los Montes de Toledo y la sierra de San Vicente.

Cruzamos el Alberche —*El río de las Higueras*— por un ancho puente de línea moderna y, rápidamente, llegamos a Talavera. En donde apenas tiene el profesor tiempo de llamar la atención sobre el caserío moderno levantado sobre el viejo teso del ferial, que dejamos a la derecha; así la esbelta cúpula de Santa María del Prado, llamada la reina de las ermitas, en donde se venera una morena Virgen románica.

Por primera vez aparece ante nosotros, por breves momentos, la plateada superficie del Tajo.

Pronto el coche deja atrás la floreciente ciudad, rodeada de huertas.

Llevamos a la derecha las estribaciones de la sierra de San Vicente, culminados sus cerros por las torres vigías de Mejorada y Segurilla, que recuerdan la dominación musulmana.

*Por el Campo
del Arañuelo.*

Cruzamos ahora una tierra despejada; a la derecha la pincelada blanca de El Gamonal, topónimo referido a la antigua vegetación. Vamos entrando en un país de economía extensiva, de tipo ganadero, de prados, con predominio del lanar y del porcino, de pobre agricultura, de apulentas dehesas, que indican un reparto latifundista del suelo. Tierra de escasa población y de grandes bosques de encinas; feudal, perteneciente al señorío condal de Oropesa.

Las acacias bordean la carretera; las secas vainas de su fruto parecen como pájaros negros, muertos, prendidos en las ramas.

Por fin alcanzamos Torralba de Oropesa y rápidamente la villa de Oropesa —*al pie del monte*— con su castillo y palacios; el

caserío sobre una cuchilla granítica. Oropesa fue la cuna de aquel gran virrey, llamado el Solón peruano, don Francisco Alvarez de Toledo.

Por primera vez advertimos granito aflorando en la capa cuaternaria, a través de un achatado batolito que llevamos a nuestra izquierda, paralelo a la carretera. A él se pegan los pueblecillos que vamos pasando: Lagartera, rodeado de olivos y célebre por el indumento de sus industriosas mujeres, vendedoras de los famosos bordados. La Calzada de Oropesa, nombre tomado de la vía romana que comunicaba Emérita Augusta con Caesaróbriga.

Se hace cada vez mayor la aridez; aquí llegamos al límite de Toledo entrando en la provincia de Cáceres. Después de veintidós kilómetros de carretera sin población, divisamos Navalморal de la Mata, capital del Campo del Arañuelo, comarca montada sobre las provincias de Toledo y Cáceres; rica en olivas en el lejano pasado hispano-romano; dañados por el arañuelo terminó por aniquilarlos, empobreciendo al país.

Caminamos por el interfluvio formado por el Tajo al Sur y el Tietar al Norte. Por él llegamos a Almaraz —*el labrantío*— y después al Tajo, que tuvo, en época romana, un famoso puente, del que se mantienen algunos arcos de tipo escarzano y bien labrada sillería. Almaraz cobra cierto nombre en la Guerra por la Independencia de 1808.

Hemos venido descendiendo a grandes pasos hasta el fondo sombrío del valle. Ahora ascendemos rápidamente hacia el puerto de Mirabete, después de hacer muchas curvas y contracurvas la carretera. Dejamos atrás el pueblo de Casas de Mirabete y, por fin, llegamos al Puerto que se abre a 665 metros, al lado del cerro piramidal de Mirabete, vértice geodésico de 839 metros, que da nombre al paraje.

En el Puerto paramos por vez primera desde que esta mañana salimos de Madrid. Parece ya otro día. Es media mañana, fresca pero soleada. Unas toman café, otros cerveza que ayudan a pasar los secos bocadillos. Se tiran las primeras fotos. Hay una alegría infantil en las viajeras al ponerse en contacto con esta naturaleza un poco sombría, de tonos oscuros, de ásperos perfiles, donde impera el bronco matorral de jara y la repoblación de pinos y eucaliptus. En una de las dos viviendas de El Puerto, campea, progresiva, la esquelética silueta de la antena de televisión. Las metálicas y blancas torres de la conducción de energía brillan al sol; proceden del embalse de Valdecañas.

Nos vamos adentrando cada vez más en el mijaón de la vieja y heroica Extremadura, madre de estirpes excelentes.

Descendiendo ahora, llegamos a Jaraicejo —*Campillos labrados*— con una iglesia de poderosos y bastos contrafuertes, en una línea gótico-renacentista.

El encinar se hace más denso. Salvamos Almonte sobre el

Mirabete.

Por tierra de los conquistadores.

un puente nuevo. El puente viejo, de perfil medieval, con su espadero contrafuerte que le asegura la vida, toma el sol en la paz de su retiro.

Desde Talavera venimos recorriendo tierras llanas, de encinares y pastizal, tierra de ovejas, de cereal; también patria de los conquistadores, que ilustraron sus estirpes labriegas en la gran crónica de la Conquista y el gobierno de Las Indias. Al contacto con este país el profesor alecciona a sus alumnas. Los Aguirre y Villarroel eran de Talavera, famosos en la conquista de Chile y El Plata; Alvarez de Toledo ya vimos que nació en Oropesa; los Pizarro y Orellana en Trujillo, Las Brozas es patria de aquel gobernador, Nicolás de Ovando, adelantado de Las Indias.

Al borde de la carretera una casa-fortaleza; los olmos sin hojas levantan sus ramas, entre ellas, colgados, los nidos de anafío dramatizan más esa desnudez. Baños de lanar, puntas de cabrío y alguna piara dan la dimensión de esta economía primaria.

*Aquí bautizaron
a Pizarro.*

Entre la bruma azulada se va dibujando el contorno urbano de Trujillo, coronado por la fortaleza, todavía en pie. A la entrada de la ciudad el rollo o picota de línea gótica. Como telón de fondo el castillo de cuadradas torres se levanta en el berrocal, que proporciona sano granito a torres, templos y viviendas. Sobre el caserío vuelan las cigüeñas; no olvidemos que esta tierra de Extremadura las es propia.

Dejamos por unos momentos el coche en esta plaza llena de serenidad y de mansiones palaciegas y, rápidamente, ascendemos a la ciudad alta, en busca de la iglesia de Santa María, fábrica gótica con arcaicos toques románicos, que la dan singular encanto. Su puerta principal es claramente románica, con rica decoración estilizada, en retalle, que recuerda la ornamentación visigoda. El interior, que se está limpiando de cal, es de tres naves, con numerosos lucillos en los muros laterales y estelas cubriendo el suelo.

Esta iglesia de Santa María es un panteón en donde se ven sepulcros y estelas de los siglos XIII, XIV y XV, de estirpes que en el XVI llenaron las páginas de la Historia Universal. Es también una rica colección heráldica.

Preside el templo desde el altar mayor, un valioso retablo del pintor Fernando Gallegos, de traza gótica y caracteres hispano-flamencos; distribuido en veinticuatro tablas.

La balaustrada del púlpito ya es renacentista; las bóvedas se podrían fechar en la décima quinta centuria.

Aquí se ven, en esta permanente lección de historia y de fama, el lucillo que guarda los restos del gigante García de Paredes y la no menos célebre pila que arrancara en un gesto de forzuda caballerosidad. El sepulcro de Orellana, el descubridor del colosal Amazonas. En esta pila bautismal recibió las aguas el conquistador del imperio de los Incas, el valeroso Francisco Pizarro.

La iglesia de Santa María ocupa un lugar dominante en el berrocal; en sus cercanías, ruinosas y de escaso vecindario, residió la población medieval, después, a partir del siglo XV, fue descendiendo al llano, abandonando la altura hoy ocupada por gentes humildes. Se ven claramente las tres fases del poblamiento, que tienen como eje: Primero el castillo, luego el templo de Santa María y, finalmente, la plaza actual.

Descendemos a la parte llana de la ciudad. En el callejeo aparece alguna casa-fortaleza, con su torre que desafió la drástica ordenanza de desmoche dada por los Reyes Católicos. Las torres se defienden desde sus altivos matacanes, montados en poderosos canchillos de granito.

La plaza de los indianos.

La iglesia de Santiago que nos sale al paso perteneció a los freires de Cáceres, antecesores de lo que fue después la orden de Santiago. Aquí tuvo su origen la orden militar de Alcántara, antes llamada de los freires de Trujillo.

Pasamos la puerta de la muralla que cerraba el recinto medieval y llegamos a la plaza, encuadrada por palacios, llena de gravedad y silencio. Allí las monumentales gradas que acceden a la iglesia de San Martín; el palacio de San Carlos, con su gracioso balcón esquinado, constante en la arquitectura extremeña renacentista, de adornos platerescos. La casa-solar de Francisco Pizarro, también plateresco, pero de más acentuado barroquismo; adornada con las esculpidas cabezas del conquistador y la princesa Upangui. Logias con arcos escarzanos y portadas con retorcidos fustes góticos. Palacio de Orellana-Pizarro, con un patio renaciente, de balaustrada plateresca, las zapatas recuerdan la línea mudéjar; hoy ocupa este palacio el colegio del Sagrado Corazón de Jesús. Los palacios y las casas se adornan con monumentales y artísticas chimeneas.

Cuando miro estos palacios, estas casas solariegas del XVI, cargadas de blasones, pienso en aquellos hombres que fueron héroes famosos en las lejanas Indias, pero que en las postrimerías de su vida mandaron levantar, en su pueblo, en la entrañable plaza de su pueblo, su casa, con lo que afirmaban su mejor ejecutoria y demostraban a las gentes del lugar o de la villa cómo a más de los honores, tenían dinero, eran ricos tanto como para levantar, en perenne sillería granítica, sus pretenciosos palacios ennoblecidos por los blasones esculpidos en sus soberbias piedras armeras. Eran los primeros indianos que, ya viejos, volvían al solar vernáculo a revalidar su fama y sus conquistas, ocupando la última parcela de tierra con sus palacios y sepulcros.

Toda la serena grandeza de la plaza está presidida por Francisco Pizarro cabalgando, listo para la batalla, en bronceínea estatua. Armado de todas las armas, empuñando la espada de hermosos y férreos gavilanes, la cabeza firme, cubierta de mo-

Pizarro.

rrión con airoso plumaje; la visera del casco se adelanta agresiva, protegiendo la enérgica faz, decidida, del conquistador.

En él se habrán mirado las generaciones de trujillanos, tomando la perenne lección que su extraordinaria figura y azañas representan.

*Por la meseta
Cacereña.*

Corremos de nuevo por un paisaje de llanura, desforestada y árida, despoblada, con encinas, y entre ellas, aplicando el jugoso pasto, rebaños de ovejas de lana sucia. El granito aflora erizando la llanura de redondos bultos. De vez en cuando la línea blanca y campesina de las labranzas, que alegran esta tierra de perfiles horizontales; un tractor se mueve levantando con sus potentes rejas, de labor profunda, descomunales tormos que humean al contacto con el sol.

En la lejanía, al término de una recta sin fin, se ve Cáceres, iluminada por el sol de mediodía. Dominando el caserío de chapiteles puntiagudos, la Virgen de la Montaña y el extraño perfil de un castillo de hierro.

Cruzamos rápidamente los barrios nuevos, hacia la estación y, por fin, dejamos el coche; entrando, con verdadero gusto, en el comedor, en donde nos esperaba, antes del yantar, el dueño del hotel con un discurso de bienvenida.

*Las tres
ciudades.*

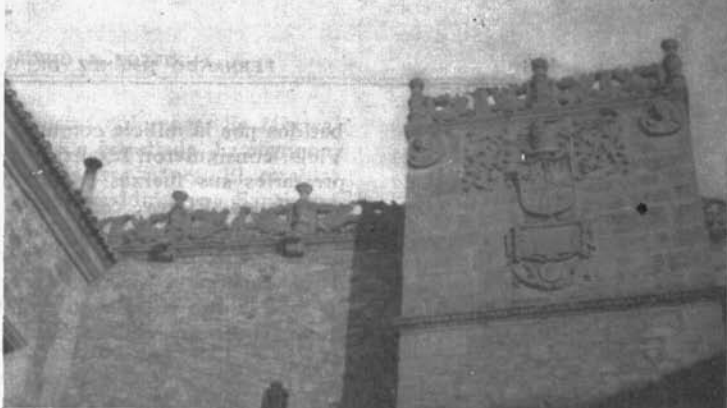
Cáceres aumenta su perímetro urbano y se extiende por la llanura desforestada, con edificios de cuatro, seis y hasta catorce plantas. Aparece alegre, animada; sus calles y casas modernas, éstas con las inevitables terrazas pintadas de verde, azul y amarillo.

Hay tres ciudades en este complejo urbano: La medieval y renacentista, que es la más alta y limitada por el arco escarzano de la Estrella; la moderna, más en llano, con ejes en la plaza y en la calle de Pintores; y la contemporánea que se inicia con el



Cáceres: La torre de Santa María, con las cigüeñas y sus nidos sobre los remates platerescos.

Cáceres: Crestería que adorna la casa de los Golfines. Bajo el escudo la leyenda a la que se alude en el texto.



Paseo de Cánovas y termina con los barrios novísimos, entre ellos el del Instituto.

Pero a nosotros nos interesa, sobre todo, la ciudad medieval, erizada de torres y palacios, arrullada por el campaneo de Santa María, la con-catedral de la diócesis de Coria-Cáceres.

Cruzar el arco de La Estrella es entrar en el medievo, pasar del cemento al imperio del granito. Es la ciudad de las torres de impresionante maticanes, que amenazan con aplastar al transeunte o chocar con los muros de enfrente. Es la estupenda ciudad de los palacios: Mayoralgo, Golfines, Veletas, o de las Iglesias y conventos. La ciudad de las plazas recoletas: Santa María, San Mateo; de los militares adarves: De Santa Ana, del Cristo. La torre llamada del Bujaco —tal vez *Torre de Yacub*— monta la guardia junto al arco famoso.

Hay muchas ciudades ricas en monumentos, en contrastes, pero la Cáceres vieja es un conjunto, sin fallos, del más puro medievo. Esta tal vez la que en España nos da una más clara idea de lo que fue una ciudad militar y feudal, dividida en banderías, torreadas sus casas para la defensa. Esas poderosas almenas cuadradas, firmes, que remata las altísimas torres; esos quíntuples canecillos que avanzan amenazadores el maticán, esa inquietante pesadumbre del granito enclavada en el tiempo, inmóvil, silenciosa, como eternal, impresiona y muestra la dimensión de su pretérito.

El palacio del Obispo, en la plaza de Santa María, fue mandado construir por don García de Galarza. Sobre la torre de Santa María, las cigüeñas se hacen más esbeltas montadas sobre los candelabros platerescos de los remates. En el interior de la iglesia una imagen de Cristo llamada de la Agonía, del XVI.

En la serenidad granítica de la Plaza de Santa María, el más noble solar de la Cáceres medieval y renacentista, se levanta, pretencioso y ufano, el palacio-fortaleza de los Golfines, con su inevitable torre de defensa coronada de fina crestería plateresca. La puerta se encuadra en un largo y elegante alfiz. Sus dueños fueron antaño ladrones de ganado, salteadores de caminos. Com-

Torres y palacios.

"Esta es la casa de los Golfines"

batidos por la milicia comunal conocida por la Santa Hermandad Vieja, consiguieron legalizar su situación, sirviendo a los reyes al prestarles sus fuerzas partidarias, en las crónicas luchas civiles castellanas. El rey, como en los viejos cuentos, los ennobleció. Los Golfines ya seguros del aprecio real, con lises en los blasones de su escudo, levantaron, como uno más de los altos caballeros cacereños, su casa torreada y, para que toda la ciudad lo sepa labran en el sano granito estas palabras "Esta es la casa de los Golfines", algo así como un desafiante: Aquí estamos nosotros.

**ACCIA JUSTINA
A MARCO
GEMINO**

En la plaza de San Pablo se ubica el palacio llamado de Las Veletas. Aquí está el Museo arqueológico. En él verracos célticos, con suaves hoyos en el lomo; esto me recuerda las teorías de Roso de Luna, el teósofo, sobre la significación de estas oquedades. Estelas con discos solares y lunas, pertenecientes a los más primitivos pueblos históricos de la Lusitania. Misteriosas estelas de obscura pizarra. En algunas aras aparece la epigraffa de NORBA, referida al antiguo nombre romano de la ciudad: COLONIA NORBA CAESARINA, uno de los ilustres municipios de la vieja Lusitania hispano-romana.

En una de las estelas que abundan en este curioso museo, se leen estas palabras que copio traducidas, llenas de entrañable cariño: A LOS DIOSES MANES SAGRADOS. MARCO GEMINO DE 50 AÑOS. AQUI YACE. ACCIA JUSTINA AL MEJOR DE LOS MARIDOS.

Es posible que el palacio de Las Veletas, se levantara sobre una antigua fortaleza musulmana, de la que se conserva, como testimonio excepcional, el amplio algibe con arcos de herradura; seguro depósito de agua que penetra por las rendijas labradas en el pavimento de la plaza.

*Piedras armeras
en la ciudad de
los frieres.*

Extremadura es tanto como tierra extrema o de extremos, tierra fronteriza, de capitanes de la frontera. Es el país de los adelantados del reino de León. Sus villas y ciudades están llenas de estirpes hidalgas, ilustradas unas en las guerras contra el moro, otras en la conquista de Las Indias. Buena parte de los esforzados capitanes de la Conquista se hicieron famosos en La Nueva España, o en el Perú. Sus hazañas, sus orígenes, quedan esculpidos en la simbología heráldica de sus historiados escudos. Todas las ciudades extremeñas nos muestran los blasones de sus hijos. Antes en Trujillo, ahora en Cáceres, luego en Las Brozas, las piedras armeras campean en los soberbios palacios, en las fuertes casas torreadas, en las modestas viviendas. Allí ha quedado escrito, esculpido, el pretérito de este país por demás famoso.

Ya fuera de los muros visitamos la iglesia de Santiago de los Caballeros, que perteneció a los freires de esa orden, nacida de la antes llamada de Cáceres. Los contrafuertes del templo se

apoyan, espectacularmente, en las robustas columnas. Es fábrica gótica de una sola nave cubierta de bóveda estrellada. La segunda mitad de la iglesia, hacia los pies, es de tres naves. El retablo le pintó el insigne Berruguete; aparece presidido por Santiago, sobre su blanco caballo. En la capilla mayor el enterramiento de Francisco Carvajal, arcediano de Plasencia.

Ya, en la noche, deshacemos el camino, por la Plaza Mayor, la calle de Pintores, que rebosa de luz, de comercios y de paseantes; por el Paseo de Cánovas marchamos a nuestra residencia, un poco cansados, deseosos de dormir, porque el día ha sido intenso y mañana nos espera mucho trajín.

A las siete de la mañana salimos, con buen tiempo, de Cáceres. Pronto dejamos, en Malpartida, la carretera principal para correr por otra secundaria, que nos llevará a la frontera.

El suelo se cubre de charcas, granito, prados y encinas. Fue esta, zona de mortífero paludismo. Cruzamos el arroyo de Casillas y en seguida avistamos el extendido caserío de Arroyo de la Luz, de aspecto rural, con su torre de campanas finalizada en terraza, rodeado de algunas huertas, de prados en donde pasta el vacuno cobrizo de esta parte occidental de España.

Las gibas graníticas accidentan el paisaje. Este pueblo se llamó, hasta no hace mucho, Arroyo del Puerco, cambiando este gráfico nombre por el que ahora lleva, en atención a la ermita de Nuestra Señora de la Luz, construcción que dejamos ya atrás.

Seguimos caminando por la meseta cacereña, en donde se dan fenómenos de claro endorreísmo, representados por esas lagunas y charcas que marginan la carretera: Laguna Grande, Laguna Petit, Charca Chica, Charca Grande; estas ya cerca de Las Navas del Madroño; topónimo muy expresivo referido a la topografía, mantos de agua y a la flora. Pasamos ese pueblo envuelto en el humo matinal que arrojan sus aparatosas chimeneas.

La carretera sigue fiel a las charcas. En su compañía llegamos muy temprano a la villa de Las Brozas. Hacemos alto en la plaza, que tiene mucho carácter; con un buen palacio barroco, de hermosa piedra armera labrada en mármol; el rico balconaje da prestancia a esta grave mansión. En la plaza, las otras casas son también de granito, pero encaladas.

Por una calle limpia, pavimentada, subimos a la iglesia, el mejor templo de la diócesis de Coria, según nos lee don Antonio en su guía. Las cigüeñas planean, con sus alas inmóviles, sobre la gran fábrica; en tantos los rápidos vencejos chillan buscando su agujero en la hermosa torre.

Hasta nosotros llega el grato olor del pan, cocido con leña, acabado de salir del horno; en un carro, de casa en casa, lo van repartiendo. Tufillo matinal a churros que estimulan el adormecido apetito.

Mujeres vestidas de negro, con el pañuelo a la pasiega, muy de Extremadura, nos guían en esta mañana, llena de aromas cam-

2.º *Día 23:
Charcas y
lagunas.*

*El templo de
Las Brozas.*

pesinos, de blasones, de cigüeñas y vencejos, de admiración a este gran templo, mejor diríamos catedral por sus proporciones. En ella se advierten elementos románicos, góticos, platerescos y barrocos. Es una construcción de limpia sillería granítica, con una estructura gótica avanzada, de tres naves. El retablo de la capilla mayor es barroco, de madera en su color. Otros altares son churriguerescos. En sus esbeltos muros, en las capillas y sepulcros aparecen los escudos de las familias vinculadas, de algún modo, a la historia del templo.

En la capilla el caballero de Alcántara Florez Gutiérrez, en su sepulcro de alabastro; es una figura de guerrero, yacente.

Al salir advertimos que las pilas del agua bendita están excavadas en sendos capiteles corintios, de tipo romano, pero con retalles visigodos; testimonio de que fueron aprovechados por este pueblo.

*El Brocense y
Nicolás de
Ovando.*

El cura de Las Brozas nos acompaña al castillo de la encomienda de Alcántara; este pueblo fue encomienda mayor de esa orden. El actual es una fábrica del siglo XVI. Después vamos a ver la casa en la que nació el humanista Francisco Sánchez de Las Brozas, más conocido por El Brocense; catedrático de la Universidad de Salamanca. Vive en el siglo XVI, sus obras le hicieron acreedor del título de padre de la Gramática, parangonándole con Nebrija. No escapó, como otros famosos de su tiempo, a la persecución inquisitorial. Hoy, el Instituto de Cáceres, se honra llevando su nombre, y allí queda, perpetuada en bronce su imagen. La casa donde viviera es más bien modesta, de granito; sus corrales dan ya al campo; desde ellos se ve el caserío de lo que fue convento franciscano de Nuestra Señora de la Luz.

Pasamos por la calle dedicada a Juan Cayetano Palo; el cura nos explica que fue eminente forjador en el siglo XVI; a él se deben las más notables rejas que se conservan de esa centuria en la catedral de Coria, en las iglesias de Cáceres y en Las Brozas.

De nuevo en la plaza, llamada de Nicolás de Ovando. En esta villa tiene su palacio este gobernador de Las Indias; el hombre que abrió el camino del Nuevo Mundo a la extremeña gente. Aquí nació, y no en Cáceres, como se dice en algún moderno diccionario, el primer gobernador de Las Indias Occidentales. En este pueblo que ahora le recuerda dando su nombre a esta plaza. Ovando, servidor desde su niñez de los Reyes Católicos, era caballero de la orden de Alcántara y comendador de Járes. Hizo el primer mapa de la isla La Española. Con parte de las riquezas que trajo de las Tierras Nuevas levantó ese palacio.

Hay emigración en Las Brozas, encaminada al país vasco; ahora parece algo contenida por las obras de embalse de Alcántara.

Cigüeña magüeña.

Extremadura es país de cigüeñas. Esta zona por la que andamos ofrece a estas aves de esqueléticas y rojas patas, esas

estupendas charcas y lagunas, por donde andan como Pedro por su casa. Las torres, los árboles, las altas casas, se ven coronadas por sus leñosos nidos, en donde la pacífica zancuda monta la vigilancia de la altura.

Ya, desde la Tierra de Talavera, venimos acompañados de las cigüeñas; pero es aquí, en esta raya de Portugal, donde abundan en cantidades estimables, viniendo a constiutir un animado factor del paisaje.

Da gusto verlas chapoteando en las lagunas, metiendo su largo y rojo pico en las cenagosas aguas en busca de alimento, llevando en él la leña seca para su áspero nido; reunidas en armoniosa vecindad, junto a la charca de turno, o en la pradera de abundosos juncales.

Recuerdo ahora que en mi pueblo, lugar cercano a Extremadura, y en todas las primaveras visitado por algunas parejas de cigüeñas, se cantaba a los niños, una tierna canción de cuna que dice así:

*"Cigüeña magüña,
la casa se te quema,
los hijos se te van
a la raya de Portugal;
hazlos un ajito
que ya volverán."*

Ahora, caminando en dirección a la villa de Alcántara, advierto cuánta realidad hay en esa vieja canción: Aquí vienen las cigüeñas, a la raya, a la cercanía de Portugal. Nunca he visto tantas juntas, en todas partes, pero más alrededor de las numerosas charcas.

Acabamos de pasarlas, dejándolas a la derecha, las ruinas del castillo de Belvís, reducidas a un sólo paredón. De nuevo dehesas con vacuno, lagunas con cigüeñas. Duras pizarras afloran y, sobre ellas, en lugar dominante, el pueblo de Alcántara, cabeza territorial que fue de la orden de su nombre. Le dejamos atrás, lamentando no podernos detener para visitar sus casas solariegas, cargadas de blasones; y, sobre todo, el convento de la orden, de traza plateresca. Pero llevamos prisa, nos espera en su quietud de milenios, Al Kantára, El puente, que abre, generoso, sus enormes arcos a la magnificencia del padre Tajo.

Al Kantára.

Ya antes, desde el "micro", el profesor había dicho a sus alumnas, que esta obra de la ingeniería hispano-romana, labrada en estupendo granito, la dirigió Cayo Julio Lácer, el año 104 de la Era. El lugar está bien elegido, porque los estribos se apoyan, seguros, en las duras pizarras que forman las paredes del valle; al mismo tiempo que se podía defender desde el cerro en donde

*Un puente en
honor de
Trajano.*



Al Kantára.

se ubica la villa de Alcántara. Que los constructores acertaron viene a demostrarlo la perennidad de la armoniosa obra, ya casi dos mil años. La dureza de la pizarra se evidencia, una vez más, al servir de apoyo al embalse de Alcántara, cuyas obras vemos a nuestra derecha, según pasamos el puente.

Unía el camino, derivado de la vía de la Plata, que llevaba de Norba Caesarina a Conímbriga.

Uno de los mármoles epigráficos, embutidos en la obra, pregonaba el espíritu solidario de los españoles: Once municipios de la antigua Lusitania se unen para construir el puente y dedicárselo a Trajano. Con emoción leo en alta voz, traduciendo esas palabras latinas, escritas en mármol en la hermosa epigrafía del siglo I, de la extensa dedicatoria: EMPERADOR CESAR DIVINO NERVA TRAJANO AUGUSTO VENCEDOR DE LOS GERMANOS DE LOS DACIOS PONTIFICE MAXIMO... PADRE DE LA PATRIA. No puedo ocultar la grandeza del momento; bajo el arco triunfal, restaurado y arbitrariamente añadido, nos reunimos todos los viajeros.

Antes habíamos visto, a la entrada del puente, el sencillo templo, con frontón, en donde se conservan dos aras.

El sol ha ido dorando, en el discurrir de las centurias, el limpio granito del puente, que se levanta majestuoso, sencillo, impresionante en su audacia. Por uno sólo de sus arcos el río va rumoroso y hondo. Por su fuerte calzada ha pasado buena parte de la historia de España.

Hoy, que parecen declinar en esta cansada Europa las grandes ideas que movieron su pasado, el puente es una lección de cómo aquel pueblo, acostumbrado al Imperio, sabía hacer las cosas.

La dominación musulmana, admiró la grandeza de la obra y le llamó sencillamente El Puente, Al Kantára.

En la raya de Portugal.

Dejamos Alcántara, pinclada de oro entre el verdor de las aguas del río y el más oscuro de sus riberas. Marchamos a Piedras Albas, último pueblo, por esta carretera, de España.

Alguien nos dijo que el embalse de Alcántara sería el más profundo de Europa.

De nuevo el granito accidenta este suelo, más bien pobre, montuoso y quebrado.

En Piedras Albas, las viviendas son de pizarra oscura, lo que acentúa la sensación de pobreza. Las chumberas dan carácter al paisaje.

Estamos en la raya de Portugal. La Policía española toma relación de los viajeros; pasamos la *raya*, como dicen por estas tierras; salvando por un puente internacional el río Erjas.

Sobre un montículo, las pinceladas blancas del pueblo portugués de Segura, muy pintoresco, dominado por el agudo chapitel de su torre de campanas.

Ya, al otro lado de la frontera, el cabo-comandante del puesto retrasa más de lo necesario los trámites; en esos momentos de de espera, Concha Ubeda encarece, ante uno de los guardias, vestido de gris, con teresiana azul oscuro de dorado botón, la hermandad y amistad sincera hispano-portuguesa. El guardiña después de pensarlo unos momentos, dijo sentenciosamente, en portugués: "Eso dicen". Todos los que asistíamos a la escena nos quedamos boquiabiertos.

El policía portugués, ya en el pueblo, nos da facilidades y entrega alguna propaganda para el viaje. Cuando charlábamos cordialmente con él, en la sumaria y modesta oficina, retrasamos una hora nuestros relojes. En Portugal rige la hora solar. Y bien que nos venía esta hora, en un día tan cargado de obligaciones.

El paso fronterizo que hemos utilizado apenas se usa por las gentes que a diario hacen el viaje de España a Portugal.

Iniciamos nuestro caminar en Portugal por una estrecha y pina carretera, que pronto cambiamos por otra muy buena, alquitranada, en el cruce hacia Castelo Branco.

Atrás quedó Segura, con sus 800 habitantes, entre cultivos, casi espigados, de centeno, trigo y olivares, a más de olorosas jaras.

Olivas en la Beira Baja.

Grupo de viajeros sobre Alcántara, bajo el arco triunfal.



A partir del cruce mencionado, la carretera es buena, cuidada; por ella corre a toda marcha el coche.

En algunos prados se está arando con yunta de burros. El perfil de las casas de labor no se diferencian de las acabadas de dejar en la Extremadura cacereña.

Vamos por la provincia de Beira Baja, cuya capital es Castelo Branco, ciudad a la que nos dirigimos en nuestra ruta hacia Tomár. Se ve en estas tierras abundante plantío de olivar, que parece no tener más de veinte años. El antiguo encinar, como sucede en zonas de España, va siendo sustituido por la oliva, de mayor utilidad económica y que se da bien en este país, más pobre que rico, áspero y quebrado. La oliva, por lo que vamos viendo, es la gran riqueza de esta provincia agrícola.

Las mujeres campesinas se tocan con un pañuelo negro, el jubón rojo, el resto del vestido negro; sobre el pañuelo de la cabeza un sombrero, por lo general de hombre.

Pasamos el pueblo de Zibreira, con sus escuelas nuevas al pie del camino. Es un caserío blanco, de casas de una planta.

Ahora cruzamos un territorio más bien pobre, despoblado. Las cercas que guardan los sembrados son de pizarra. Prados, olivas, eucaliptus. La vegetación de tipo mediterráneo, igual que la de su vecina, la Extremadura española.

A lo lejos se dibuja el perfil azulado-oscuro de la sierra de Morodal, que se dispone oblicuamente sobre el eje de la carretera. Es uno de los estribos del Sistema Central Divisorio.

Los peones camineros, con sombreros grises de anchas alas, saludan al paso del coche, que devora kilómetros sin cesar.

El paisaje se va despejando; el paisaje accidentado el suelo, más bien horizontal. Advertimos poca circulación por esta buena carretera.

Salvamos por un leve puente la Ribera de Aravil; en sus cercanías una tienda de gitanos hacen campo, como los más adinerados turistas.

Ahora el suelo calizo se cubre con un manto de raña. Algún lanar mordisquea el pasto. En general es un paisaje poco humanizado, desforestado. Hay señales de irrigación, que parece sirvió para beneficiar el maíz, cuyas segadas cañas se ven por aquí.

Entre cigüeñas, olivas y monte bajo nos vamos acercando a Ladoeiro; aproximadamente a la mitad del camino de la frontera a Castelo Branco. El caserío está dominado por la torre de chapitel de influjo románico, característico de esta zona.

Seguimos viendo mujeres con su pañuelo negro y los sombreros viejos, descoloridos por el sol. Los campesinos suelen llevar pantalones azules, embutidos en gruesas botas, altas y negras, que suben a media caña.

Al pie de la carretera algunas casas, de línea moderna, en donde tiene sus centrales la Asociación de Regantes.

Seguimos caminando por tierras que estuvieron sembradas de maíz. El paisaje es de líneas apacibles.

Otro pequeño río a la vista, el Ponsul, que corre por un lecho pizarroso y afluye al Tajo. Olivares nuevos, tamujares con su chilona flor amarilla, torviscas de un verde intenso, jaras y los suaves tonos morados del romero, dan policromía a este suelo desforestado.

Ascendemos para encontrarnos con un plantío de eucaliptus. En los claros, la escueta línea de la pértiga al lado del pozo.

Aflora de nuevo el granito y el lanar aprovecha el pasto. Algún rodal de pinos piñoneros pone cierta nostalgia en el sereno ambiente. Con esto pasamos frente a Escalas de Baixo, dejada a nuestra derecha. El suelo se accidenta por los abundantes canchales. De nuevo los estribos del Sistema Central Divisorio, limitan el azul del lejano horizonte.

Ahora andamos por una carretera adoquinada, como en espiquilla, que se abre rápido paso entre los prados.

Ya estamos subiendo a Castelo Branco; de casas alegres en su entrada, de tres plantas. Una plaza con árboles, se llama Alameda Salazar; una calle de Santo Antonio; este es el primer contacto que tenemos con el gran taumaturgo lisboeta, muerto en la lejana Padua, que le da su más conocido nombre, cuando, en realidad, debiera llamarse San Antonio de Lisboa.

Castelo Branco, dominado por un castillo más bien de tonos oscuros. Las aceras de blanco mosaico, las calles limpias. Es grata esta fisonomía de la ciudad, centro aceitero de la provincia, según nos dicen.

Caminamos hacia el Sur, en dirección al Tajo, paralelos al ferrocarril que también busca el ancho valle fluvial, entre jaras y pinares. Hace calor. En las orillas de la carretera, la nota verde y áspera de las adelfas. El campo sigue solitario, de tonos más bien apagados, que la presta el monte. El suelo pobre, de tipo pizarroso, con algunas olivas. Vamos a Vila Velha de Rodao; pasado su caserío saludamos de nuevo al gran río en Porto Tejo; con sus pintorescas chimeneas, entre olivares. Cruzamos el ancho caudal por un puente de hierro de agradable línea. El río discurre manso, familiar, lleno de sosiego, como el que está habituado a su ordinaria tarea. Ahora le llevamos de compañero, a nuestra izquierda.

Enderezamos nuestra marcha más al Sur, dejando el río y seguimos hacia Nisa. Ascendemos entre gigantescos eucaliptus y olivares jóvenes. Al pie de la carretera una casa de cantoneiros, sinónimos de nuestros camineros. En la altura creemos ver mardroñeras, helechos y jaras, en un medio deshumanizado.

La iglesia de Nisa tiene dos torres de puntiagudos chapiteles, parecidos a otros que ya vimos. Calles limpias, gratas, con viviendas de una planta. A la derecha dejamos la Plaza de Tourous.

Seguimos, alcanzando la Ribera de Figueiró, En sus cercanías

campos de centeno, con ese verde desvaído que le caracteriza. Encinares en los aldeaños de Avez, sobre una corta carretera secundaria que enlaza con la general que nos lleva, a toda marcha, hacia Abrantes. El caserío de Avez, con sus grandes chimeneas, parece más pobre. De nuevo eucaliptos y centeno.

Al borde de la carretera una pareja de guardias de uniforme gris, salakof, armados de fusiles. Esta es la única vez que, en nuestro largo itinerario, vemos a esta fuerza de seguridad rural.

Hay una gran monotonía en este paisaje quebrado, cambiante, ahora de líneas horizontales, en donde crecen los alcornoques, pinos, alternando con tierras centeneras y parcelas cubiertas de jara.

En el Ribatejo.

Con esto llegamos a Gaviao y pronto, de nuevo acompañados por el río, entramos en la provincia de Ribatejo. En el mismo límite provincial, Casa Branca. Areia, rodeado de olivas, de monte con chumberas, vides; con sus escuelas nuevas, limpias. Parece esta mejor tierra. Algunas huertas cerca de Casal Cortido.

Ninguna manifestación industrial hemos advertido en la provincia de Beira Baja; en esta de Ribatejo, parece que hay una agricultura más próspera.

En la llanura, cerca de Pego, un denso plantío de olivas y vides. Las mujeres trabajan la tierra; esto lo hemos de ver con mucha frecuencia en nuestro viaje; lo hacen con grandes azadas; otras veces cargan sobre sus cabezas haces de forraje o sacos conteniendo yerba.

De nuevo los pinares.

Seguimos viendo, a lo largo de nuestro caminar, pequeñas y graciosas hornacinas, con diminutas imágenes.

Por Rossío do Sul do Tejo cruzamos el río hacia Abrantes. Destacan sobre la blancura de las viviendas los ocres o azules de las cerámicas con imágenes de Santos o Vírgenes; las más frecuentes parecen ser la Inmaculada y San Antonio.

Dejamos a la derecha Abrantes, con naranjos y alguna serrería. Ahora el paisaje se humaniza con muchos diminutos caseríos y viviendas diseminadas. Esto es alegre y florido. Parcelas encharcadas como preparadas para poner arroz. Muchos pinos y eucaliptos. Las mujeres siguen con sus sombreros, ahora negros.

La carretera marcha al unsono del Tajo, que discurre a nuestra izquierda. Más serranías. Abunda también más el lanar. El tractor ha sustituido en la gleba a la yunta de burros. En la llanura olivas y más olivas. Es, sin duda, este un país más rico que el de la Beira Baja antes recorrido. De nuevo olivas, frutales y alguna fábrica. Antes de salvar el río Zézere pasamos por Constancia.

Antes de llegar a Torres Novas cogemos una carretera que nos dejará en Tomár. Sigue el paisaje con pinos, frutales y huertas.

Al borde de la carretera, protegidos por la espesa vegetación, soldados, tal vez paracaidistas, hacen ejercicios; con sus uniformes pintados de grandes manchas, que les harán pasar inadvertidos por el enemigo, se mueven de aquí para allá armados de pequeñas metralletas y tocados con boinas de color canela.

Ahora pinos resineros, con sus vasitós para recoger la resina; parece algo abandonada la explotación.

El poblamiento es de tipo diseminado. En Matrena, una fábrica de papel. Silo color naranja, de grata línea; chimeneas de fábricas, huertas. Sigue el paisaje humanizado.

En Tomar, serrerías. La parte moderna es alegre y polícroma. Toda la ciudad tiene un aspecto limpiísimo. El sol de mediodía hace brillar los azulejos que cubren muchas de sus fachadas. Sobre la altura el castillo dominante, señero.

Dejamos, por fin, el coche y nos disponemos a comer.

Tomar es el viejo solar portugués de los caballeros templarios. Allí construyeron con inusitado barroquismo su monasterio, recargado con adornos selváticos y marítimos. Extinguida la orden surge otra nueva, la de Cristo; su representación heráldica, la cruz, campeará en todo lo portugués; será la cruz nacional.

El monasterio, levantado en lugar dominante, sobre el caserío urbano de Tomar, representa una variedad de estilos, entre los siglos XII y XVI, predominando el manuelino; estilo portugués por excelencia, en donde se mezclan la estructura gótica, elementos platerescos y un intenso barroquismo orientalizante, que le da carácter. Tiene ciertas analogías con nuestro estilo *Isabel*, aunque el manuelino recarga el factor ornamental. Intervienen en esta obra, síntesis de lo portugués, el rey Manuel I el Afortunado, que da nombre al estilo y los grandes tracistas Joao del Castilho y Diego de Arruda, con ese ampuloso y dislocante naturalismo que le es peculiar.

Algo así les dije a mis alumnas, ante aquella complicada tracería de piedra.

Visitamos el claustro gótico de Enrique el Navegante, con lucillos chapados de azulejos.

En este complejo de brillantes construcciones hay una, hoy vacía y silenciosa, pavimentada de rojo ladrillo y cubierta de madera, conocida por el Claustro de Los Felipes, en donde se celebraron las Cortes de Tomar.

Yo quiero y respeto a los portugueses; me inclino ante su heroísmo, admiro su tenacidad; les acompaño, como todos los españoles, en esta hora de soledad y de prueba. Nada me dolió tanto como español, en estos últimos y difíciles años, que la

A Tomár.

El manuelino.

Las Cortes de la Unid.

usurpación de Goa por la Unión India. Creo que todos mis compatriotas demandamos al ministro Neru ese inútil abuso de poder contra nuestro hermano peninsular. Hoy, cuando Europa parece abandonar el áspero camino de la lucha, Portugal nos da esa gran lección de hombría manteniendo, frente a casi todo el mundo, su indiscutible derecho a seguir el suyo.

Más a fuer de español, tengo que aplaudir sin reservas la decisión de aquellas Cortes de Tomar, de reconocer, en el 1581, como rey de Portugal a Felipe de Austria.

Hay que reafirmar una vez más que los reyes castellanos o españoles, nunca pretendieron llegar al trono portugués por la vía de la conquista, contra príncipes con mejores derechos. Si utilizaron el hierro de la guerra fue siempre en apoyo de su legitimidad, de su mejor derecho.

En estos venerables salones se reunieron los procuradores portugueses haciendo, con su acuerdo, realidad el sueño unitario de los Reyes Católicos. Por eso merecen el bien de la Patria común.

Esto les vine a decir a mis jóvenes auditoras en aquel solemne momento; cuando recorríamos los grandes aposentos vacíos de este palacio de Tomar; cuando nuestros pasos rompían el augusto silencio de aquella hora cenital de las Españas.

Ya de vuelta a la luminosa plaza de Tomar, nos acercamos al monumento en bronce que se levanta en el sereno recinto. Allí pudimos leer que el personaje elevado sobre el plinto de la fama era nada menos que Guilemín Pinto, fundador de Tomar, entre los años 1160 a 1162.

*En el atardecer
camino de
Lisboa.*

Se está poniendo el sol; anochece lentamente en este día primavera. Ya en el campo las mujeres se van acercando a los poblados, con sacos o cántaros sobre la cabeza. Hemos vuelto a cruzar el Tajo, ahora por un hermoso puente de hierro; el río pasa lento, anchuroso, como río de llanura que es; sus apacibles aguas recogen los últimos reflejos del atardecer cárdeno, lleno de paz.

Todavía vemos en los caseríos, al borde de la carretera, las escuelas recién construidas y otros edificios públicos, como las administraciones de Correos.

Los campesinos regresan silenciosos de sus tareas, metidos en sus altas botas de cuero negro; algunas mujeres van descalzas, con su inevitable saco a la cabeza.

El paisaje se va llenando de una suave melancolía.

Corre nuestro coche por una llanura aluvial, de horizontales líneas. Aún se distinguen las cuadrículas encharcadas en donde sembrarán arroz; el agua parece una hermosa lámina de plata.

Algunos hombres se tocan con una especie de barretina negra. La carretera se ha llenado de movedizas bicicletas, montadas por los trabajadores que vuelven de sus labores, y de anuncios luminosos de diferentes marcas de gasolina, de las cinco o seis

empresas que tienen surtidores. Aquí, por lo que vemos, no hay monopolio de este necesario y hoy vital carburante.

Es lástima que las sombras de la noche nos impidan seguir observando y tomando notas. Las viajeras cantan, rompiendo la soledad de la noche.

Casi sin darnos cuenta pasamos por Santarem, capital de Ribatejo. De pronto, la carretera se ilumina vivamente y ante nosotros desfilan, rápidas, las casas de dos y tres plantas de esta ciudad.

De nuevo el coche entra en el angustioso túnel de las sombras, mitigadas por el parpadeo de numerosas estaciones de servicio, con su correspondiente marca.

Cruzamos Cartexo; en alguna parte hemos tomado vino embotellado de aquí y a fe que nos estuvo muy bueno. Aunque no le vemos, sentimos el olor del río que marcha incansablemente a nuestra izquierda, avenando la húmeda llanura.

Pasamos por Azambuja, ya en la provincia de Extremadura; después Vila Franca de Xira. El coche se lanza veloz, aprovechando la recta que nos separa de Lisboa.

Una impresionante línea luminosa nos anuncia la presencia de la capital. Paramos brevemente para pagar el peaje del puente y después en la auto estrada. Estamos sobre una magnífica y nueva autopista, ancha, que ya no dejaremos hasta llegar a Lisboa.

La ciudad nos recibe brillando de luz, con sus taxi *Mercedes*, los numerosos autobuses verdes, los amarillos tranvías. En la Avenida de Libertade los cines nos muestran, espectaculares y luminosos, carteles con el título de las películas. De noche Lisboa parece más ciudad.

Por la Avenida de la Libertad, en donde tenemos dos grupos, nuestro hospedaje, circulan veloces los coches y los buses. A primera vista la ciudad va perdiendo ese encantador aire provinciano que tenía cuando la visité hace treinta años. Las casas pulcras, las fachadas brillantes a la luz de neón. Los portugueses, como antaño, los sigo viendo obsequiosos, simpáticos, tristes. Un sí no es melancólicos.

Hemos llegado tarde a Lisboa y muy cansados; el día ha sido largo, de veinticinco horas. Cuando recuerdo que esta mañana salimos de Cáceres y ahora estamos aquí, me maravillo un poco. Parece otro día.

Las alumnas están bien, contentas, pero cansadas; a pesar de todo los tres grupos salimos después de cenar a tomar café y a callejear un poco, aprovechando el excelente tiempo que nos está cayendo en suerte.

Los inevitables grupos de muchachos lisboetas miran, siguen y charlan con nuestras chicas. Ellos aparecen serios, serviciales, melancólicos; pero no veo tipos "ye-yé".

*Reflexiones en la
noche lisboeta.*

A veces me parece una ciudad cosmopolita, pero manteniendo siempre esa línea discreta, moderada. Este es el valor que más aprecio en Lisboa.

A medida que avanza la noche disminuye y se agota la circulación. Hay poco ruido; el ambiente es límpido, nada de humos ni de polvo.

La cena, me recuerda algún viajero, fue buena, abundante, con el imprescindible *verde*, con derecho a repetir todos los platos y vino incluido.

Por fin, regreso a mi habitación de muebles oscuros, un poco solemnes y antiguos, pero confortables. Apenas pongo la cabeza en la blanda almohada, duermo como un cachorro.

3.º Día 24: Muy de mañana.

Al lado de la pensión donde me hospedo está la oficina española de turismo. Me gusta, en esta limpia y fresca mañana lisboeta, ver flamear la bandera al viento. Sus fuertes, rotundos colores, alegran mi espíritu y mi vista.

Frente a nuestro hospedaje se levanta, en blanca caliza, el monumento a los soldados de la primera guerra mundial. La Patria corona de laurel, en gesto solemne, a un soldado portugués, con casco al parecer británico.

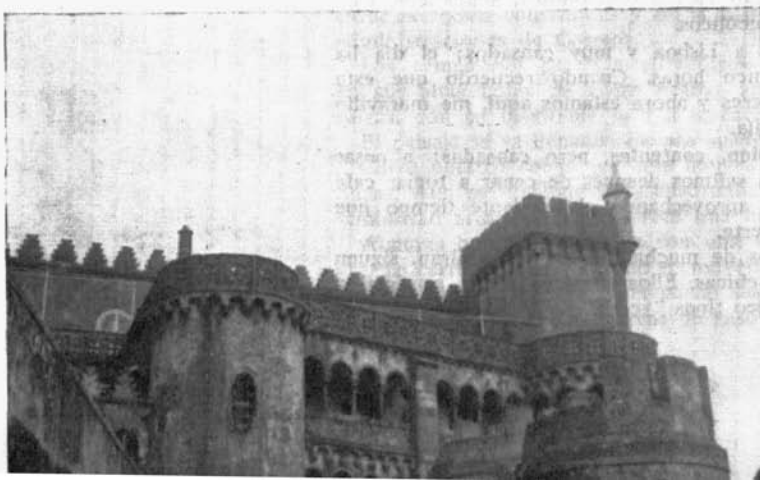
Es curioso observar el número de médicos, en las más variadas especialidades, que se anuncian, desde los balcones de sus casas, en esta Avenida de la Libertad; a veces tres y cuatro anuncios en la misma casa, por lo general de tres plantas.

Me he levantado muy temprano. A las siete estaba ya en la calle mirando a Lisboa por la mañana. El cielo está parcialmente cubierto; la temperatura es muy agradable.

El Palacio de Pena.

Dedicamos la mañana a visitar la Costa del Sol. Primero vamos a Cintra, a través de un país abundoso en pinos y de poblamiento diseminado. En el camino algunos manchones de caliza, al parecer cretácica. Cultivos de viñas. Se dinamiza el paisaje con las molinetas.

El Palacio da Pena, el Castillo de los Moros, ocupan una estratégica posición dominante. Una vez en la villa de Cintra,



Cintra: Aspecto del palacio da Pena.

tenemos el indudable valor de acometer, sin desmayo, la empinada y costosa subida al palacio. El camino se excava en el material granítico, componente del enorme cerro.

Ya en la cima, visitamos esta residencia en donde toda arbitrariedad tiene su asiento, arquitectónica, claro es. Siempre me ha parecido el Palacio da Pena cosa de poco gusto, caprichosa. Lo único bello del renombrado palacio es su envidiable situación y las riquísimas maderas que atesora, en muebles, principalmente. Desde una de las torres se puede ver un estupendo panorama. Tenemos suerte, el horizonte está limpio de bruma, pudiendo admirar los contornos del palacio, cubiertos de verdor y el lejano Mar de la Paja, con el puente que le abarca, ya en avanzada construcción.

Todavía es más impresionante por su situación el Castillo Moro y la muralla que va como saltando por las abruptas cumbres.

Cintra fue, ya en el pasado, fresco refugio para los poderosos de Lisboa, que huían de su calor húmedo y pegajoso en la estación veraniega.

Rapidísimamente, por un atajo, descendemos de la peña fuerte de Cintra y marchamos a Estoril. Como antaño, esta celebrada estación o residencia de magnates no me causa la menor impresión. ¡Es tan fácil levantar hoteles, casinos, tiñiéndolo todo de un prosaico parecido con otras playas, hoteles, casinos, palmeras, como en Francia, Italia, España! Esto es Portugal, pero pudiera ser otro país cualquiera, en donde el artificio y la despersonalización son motivos básicos.

Llegamos, por fin, a Cascaes y allí, cerca de una tiendecita-bar, tomamos el parco refrigerio de mediodía, que hemos ido sacando, con resignado gesto, de las bolsas. Ya lo sé por experiencia: Siempre sucede lo mismo con estas comidas en ruta. Pero si el yantar ha sido frugal, no lo fue el agrado que tuvimos todos los viajeros al disfrutar de tan hermoso lugar, rodeado de mar casi por todas partes.

La Boca do Inferno es una roca dura, de caliza, perforada por la erosión marina.

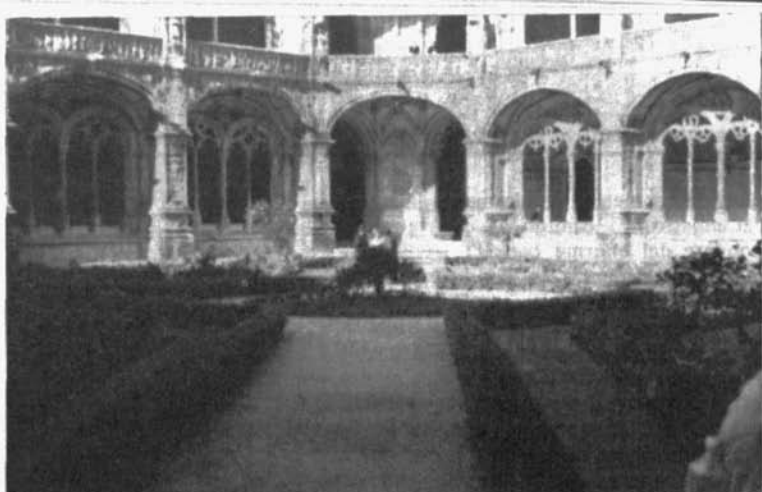
Volvemos a primera hora de la tarde a Lisboa, corriendo a veces, cerca del anchuroso Tajo. Atrás queda el puente, de esbelta y metálica línea, recién construido.

Pasamos ante la espectral torre de Belén, que se levanta, maciza, pulida, blanca, a la orilla derecha del Tajo, lamida por sus aguas; almenas, matabanes y garitones le dan carácter militar y sombrío a esta torre, que más adorna al río con su empaque renaciente que le defiende con la ineficacia de sus viejos cañones.

Enfrente, en la orilla, se levanta el monumento a Cristo-Rey. Aquí, no lejos de la torre de Belén, avanza, como proa de

*La Boca do
Inferno.*

En los Jerónimos



Lisboa: Patio de los Jerónimos.

blanco navío, el monumento a Don Enrique el Navegante; el hombre-eje de la grandeza de Portugal; inspirada su figura en la del políptico de Nuno Gonçalves.

Me gusta mucho, y mucho, la fachada de los Jerónimos, levantada en el siglo xv, en estructura gótica y ornamentación manuelina; sin barroquismos, con extraordinaria nobleza concebida. El interior lo forman tres hermosas naves.

Los Jerónimos son el mausoleo que guarda entrañables cuerpos de la más grande historia portuguesa. Allí, en el coro bajo, los sepulcros de Luis de Camoens, coronado de laurel; aquel que dijo que todos éramos españoles. Paralelo a él vemos la tumba de Vasco de Gama. En el crucero los enterramientos del rey Don Sebastián y de su tío, el también rey-cardenal Don Enrique. En el altar mayor, sobre poderosos elefantes marmóreos, las tumbas de Manuel el Afortunado y de nuestra paisana Doña María de Trastámara, hija de los Reyes Católicos. También las de Juan III y Felipa-Catalina, su mujer.

Ahora, en la fastuosa iglesia, preparan la fiesta del bacalao.

Frente a la entrada del Museo Etnológico, en una hermosa portada plateresca, se ven a Don Manuel con San Jerónimo y a Doña María con San Juan Bautista.

Sin perder un minuto, recorremos las salas del referido Museo de Leite de Vasconcelos. Es de gran interés, sobre todo en material prehistórico.

El Tajo y sus puentes.

En un transbordador navegamos el anchuroso Mar de la Paja, alejándonos poco a poco de Lisboa, que nos muestra el denso casco urbano, sin aparente monumentalidad. Primero la geométrica plaza del Comercio, luego las torres calizas de la Catedral, el Castillo dominante de San Jorge, rodeado de verdor, el Barrio Alfama —igual que *alhama*—.

Dejo de mirar a la cada vez más lejana Lisboa y me fijo en la otra orilla, a la que vamos llegando, con el monumento a Cristo-Rey, el Puente Nuevo que ya es una constante en el paisaje tagano.

El Tajo discurre ancho, majestuoso, seguro en su imponente grandeza, para verter sus aguas en el inmediato océano. ¡Qué lejos de Fuente García! ¡Cuánta España recorrida desde entonces hasta llegar aquí "a dar a la mar"! Es el mismo río que allí nace y, sin embargo, ¡qué diferente! Pienso en aquel Tajo envolviendo la "peñascosa pesadumbre" de mi Toledo, sometiéndose al viejo dogal de Alcántara y San Martín. En aquel otro, ya domado, que discurre bajo los arcos que mandara fabricar el cardenal Mendoza en Talavera, o bajo aquellos otros más antiguos y venerables que construyó el arzobispo Tenorio. Ha corrido tanta tierra el enriscado y bravo río que se ha hecho manso en ese otro Alcántara y urbano en Lisboa, que le abre su gran puente, el último, en las postrimerías de su largo caminar.

¡Oh, padre Tajo! Este Portugal que hemos recorrido es obra tuya y la bella Lisboa la más opulenta de tus ciudades.

Vuelvo a Lisboa y veo a la ciudad como la vi antaño, como la admiré en mi juventud. Tal vez con más circulación: Automóviles, taxi, semáforos, autobuses. Los comercios han mejorado en la magnificencia de sus escaparates. También anda más gente por la calle, se me antoja que con aire más grave y preocupado que entonces. Por lo demás todo sigue igual. Esa Plaza del Comercio encuadrando un trozo del grande estuario; la Rua Aurea, tan provida y simpática. Las hermosas plazas del Rocío y de los Restauradores, que sintetizan la vida de la gran ciudad. La aristocrática avenida de la Libertad. Todas con sus monumentos a Manuel I, a Pedro IV, a los héroes de la primera Guerra Mundial, al marqués de Pombal, con su león.

Lisboa.

Los autobuses, de tonos verde y amarillo de dos pisos, se mueven con increíble ligereza formando ininterrumpida hilera.

El metro me pareció limpio y pequeño. Dicen que como el Puente Nuevo, eran obras innecesarias, pero convenientes al prestigio. Siguen los tranvías amarillos, como en aquellos lejanos días de marzo del año treinta y seis.

A pesar de todo es, al menos para mí, una ciudad tranquila, grata, llena de saudade; aunque parezca extraño, es ciudad de descanso primaveral u otoñal. Con sus viviendas de tres plantas, de fachadas claras, de alegría moderada, a veces de resplandecientes azulejos.

Los antiguos cafés se han convertido en modernas y cómodas cafeterías, o han desaparecido. Hecho de menos el café *La Llave de Oro*, recién abierto cuando visité por vez primera Lisboa, en donde servían unas grandes y baratas *tourradas* con mantequilla que hacían nuestra delicia. ¡Oh lejanos años treinta y seis! He buscado el, para mí, grato café; en su lugar hay un Banco. También aquí, como en Madrid, los cafés pagan el tributo a la todopoderosa Banca. Y si no que lo digan Negresco, La

Granja, y otros muchos entrañables cafés madrileños, vencidos por el insaciable Mercurio.

Desde esta cafetería, en la que ahora estamos, se ve el manso fluir de la urbe; limpia, aunque menos que entonces, moderada y señorial.

Lisboa sigue siendo, a mi entender, la *Aurea mediocritas*; y que lo sea por muchos años.

*Por la ciudad
vieja.*

Con mi compañero de viaje visitamos, en las finales y apacibles horas de esta hermosa tarde, algunos lugares de la vieja ciudad. ¡Qué gratos y tranquilos, cuánto sosiego y paz en ellos! ¡Cuánta carga de historia en sus calles y monumentos!

La Catedral es una fábrica de línea románica, con dos torres gemelas que la dan aires de fortaleza; me recuerda algo la Catedral de Badajoz. Su interior se compone de tres naves esbeltas, labradas en caliza; la girola es gótica.

Vamos ahora a la ciudad alta, al castillo de San Jorge, en donde estuvo el primitivo núcleo, ya desde los púnicos por lo menos. Nos sentamos en la paz de la tarde a ver, desde este soberbio mirador, la ciudad que se extiende a nuestros pies y la mancha enorme del río. Allá, en la lejanía, la verticalidad de Cristo-Rey, el Puente Nuevo. Barcos y lanchas se mueven en la superficie plata del Tajo.

En esta ciudadela en donde estamos nació Juan II, *el príncipe perfecto*. Rodeada de jardincillos, una estatua en bronce de Alfonso Enríquez, fundador de Portugal.

Desde nuestro mirador, casi al alcance de la mano, la Lisboa que reconstruyera el marqués de Pombal, de líneas regulares; formando simétricos cuadrados sus casas y calles. En la otra orilla el complejo industrial de Barreiros. Un mechón de humo cobrizo nos señala la ubicación de la Siderúrgica Nacional.

Descendemos. Los graciosos mosaicos de las aceras son blancos y negros, de caliza y roca volcánica.

Estamos ahora en el barrio del Carmen, en la plaza frente a la iglesia que enseña su mutilada traza gótica, cubierta en parte de verdor. Hay dinamismo y cierto aire familiar en esta plaza, donde se abre una típica cervecería. Nos admira la magnitud de los gruesos vasos con espumosa y dorada cerveza que vacían imperturbables los pocos clientes. Nosotros los pedimos más pequeños, pero a fe mía que nos hubiéramos atrevido con los grandes, dada la buena calidad de la cerveza. Allí, con maestría, un *limpia* nos da brillo al calzado. ¡Qué agilidad, qué fuertes golpes de bayeta, y qué brillo!

Desde la terraza de hierro del elevador vemos la impresionante sima que se abre por debajo de nosotros.

Por la escalinata descendemos a la Rua Aurea.

Ya de noche, en la plaza Dos Restauradores, tomamos el metro hasta el Jardín Zoológico, donde iremos mañana con las chicas.

Fue una agradable coincidencia el saber que Trullols se hospedaba en la misma pensión a donde nosotros habíamos ido a parar. Apenas llegamos, el amable patrón me dijo, con vivas muestras de contento, que allí residía un doctor español, el profesor ya mencionado.

Había conocido a Trullols en Murcia, cuando en aquella Universidad explicaba Filosofía del Derecho. Ahora es catedrático en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de Madrid. Está en Lisboa dando su curso anual en la Facultad de Derecho, al cabo del cual examina a sus alumnos portugueses.

A mi antiguo compañero de Universidad le gusta charlar; lo hace sosegadamente, pero a veces, cuando lo exige la circunstancia, habla con vehemencia juvenil; siempre con justeza, sencillez y erudición. Aquella noche, después de cenar, fuimos andando despacio por la ancha Avenida hablando de mil cosas de interés. Así llegamos a la Plaza del Rocío, en donde nos sentamos a disfrutar de la noche lisboeta, clara y apacible, en una terraza.

Mi amigo me habló mucho de Portugal, al que quiere y admira; de sus problemas en las provincias de Ultramar; del heroico esfuerzo que realiza para mantener su integridad. De la explotación de esa provincia por grandes compañías. De la escasa promoción industrial. Hablamos también de España, en relación con todo esto, y del futuro peninsular.

Me da originales notas del actual movimiento nacionalista en ciertas comunidades minoritarias europeas que estimo interesantes.

Cuando en unión de profesores y alumnas regresamos, ya era medianoche. Sobre los edificios de la Plaza del Rocío los anuncios luminosos nos hacen guiños; uno en particular me llama la atención por su belleza, el de Fósforo Ferrero, con un manojo de doradas espigas de trigo.

En estos días nos ha venido sirviendo en la Pensión Morais, en el comedor, un camarero que arrastra pesadamente los pies y se encorva al peso de los años y del oficio. Apenas habla; cumple su menester en silencio, con cierto automatismo eficaz y como si nadie presenciara su cansino ir y venir. Por fin, muy de mañana, al servirnos el desayuno me entero, con la natural alegría, que es español, nacido en la ciudad de Pontevedra, a la que va todos los años cuando toma sus vacaciones. Ya antes me había encontrado en la misma pensión con otro, diríamos aposentador, natural de Vigo; éste más jovial y comunicativo; ambos llevan treinta años o más en la referida casa.

El camarero me confirmó que la mayor parte de sus compañeros de oficio siguen siendo españoles y, en general, gallegos. Como le intentase preguntar el porqué, él se adelantó diciéndome que hasta hace unos años los portugueses tenían como algo

*Con el profesor
Trullols Serra.*

*4.º Día 25.
El viejo camarero
de Pontevedra.*

*El aburrido
orangután.*

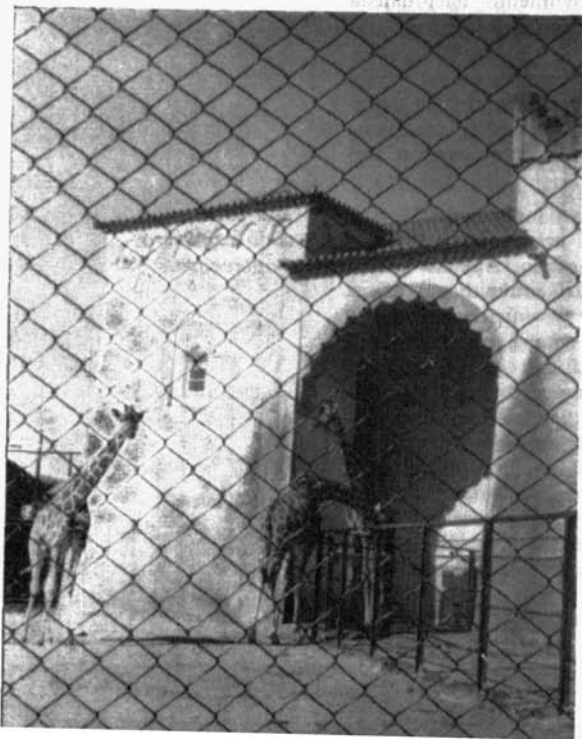
bajo el servir en este oficio. Me lo dijo sin ironía, pero con cierta lastimera sonrisa.

Seguimos hablando de muchas cosas; de la colonia española en Portugal, que llega a unos treinta mil; sólo en Lisboa residen doce mil, en su mayoría comerciantes y empleados en la hostelería. De aquel número buena parte son gallegos.

Volvemos en el metro al Jardín Zoológico, al que llegamos enseguida. Las estaciones del metro lisboetas son más bien cortas, sólo para encajar un comboy de dos coches; la electricidad la toman de un carril central. Los coches van con la mitad de los viajeros que su capacidad permite, salvo en las horas punta, pero entonces no llegan a llenarse. Antes de alcanzar la estación próxima se avisa, por medio de altavoces, del nombre de esa parada.

El Jardín Zoológico es un lugar despejado de las afueras de la capital; resulta grato y apacible, limpio. Su fauna es abundante, aunque muchas jaulas están vacías. Nos llama la atención esa altísima pareja de girafas, que nos miran asomando su pequeña cabeza, de irónica sonrisa, por encima de la alambrada. Allí vemos los avestruces, canguros, alpacas, lince, león, oso del Himalaya, tigre de Bengala. El hipopótamo se despereza abriendo la boca descomunal, en donde la lengua parece una gruesa serpiente rosada. Los osos negros, los blancos, los pardos.

En medio de aquel mundo de vivos, el diminuto cementerio de los perros con lacrimosas dedicatorias.



*Lisboa: La casa de
las jirafas, en el Jar-
dín Zoológico.*

De nuevo en el mundo animal vivo: Cigüeñas, rinoceronte, elefantes, cocodrilos. Estos últimos parecen muertos, sus cuerpos sin movimiento, los ojos cerrados, la boca repugnante abierta, que cierran con desesperante lentitud, enseñando sus temibles fauces de un rosa pálido, encuadrada por esa sierra de dientes que ponen frío en la sangre. Las más variadas versiones de serpientes se ven metidas en sus grandes fanales, llenas de frío, a pesar del cristal y de la cálida temperatura que artificialmente se mantiene. Están inmóviles, hechas ovillos, sin vida aparente. Salimos con repugnancia de esta cámara para entrar en la llamada Casa del Brasil, en donde cientos de papagayos, de los más variados colores, graznan sin cesar, haciendo imposible la permanencia en tanta algarabía. Si estuvieran callados sería grato ver tantos y tan vivos colores: amarillo, verde, rojo, azul, naranja...

Como siempre las jaulas de los monos ocasionan regocijo y simpatía. Ante ese auténtico espectáculo circense reímos de buena gana.

De todo ese mundo monesco que se guarda en el Jardín Zoológico, me llama la atención ese grande y fornido orangután de pelo negro, poderosos y largos brazos, que en un rincón de su grande jaula se aburre. En su postura y actitudes parece un hombre. Al pensarlo me siento incómodo ante él, y triste. Me alejo pronto de allí.

No lejos del Jardín Zoológico se ubica la Estufa Fría, en donde se ha conseguido aclimatar una buena variedad de plantas de climas cálidos. La impresión que se recibe es de suavidad y exotismo; aparece cuidado este jardín pulcro, con su auditorium.

Pronto salimos a la dulzura del sol.

Con los profesores, compañeros en este viaje, en tanto las alumnas compran las mil chucherías para regalos en estas horas finales de nuestra permanencia en Lisboa corremos al Museo de Arte Antigua para ver, sobre todo, el políptico de San Vicente.

El Museo está cercano al río, en un digno palacio que domina esta parte baja de la ciudad. En sus salas silenciosas somos, en esta ocasión, sus únicos visitantes, nos aguardan el patético Ecce Homo de Nuno Gonçalves, cuadros de Figueiredo, Morais, Cristóbal López que pinta a don Juan y a doña Catalina. Fray Carlos en una Asunción, Francisco Vieira en el que veo influjos goyescos; Sequeira, un tardío tenebrista del XIX, con San Bruno. Y... el políptico de Nuno Gonçalves, del siglo XV; pintura descriptiva, plena, realista, fuerte, en donde han quedado fijados los viriles arquetipos de aquella gente, "inclita generación", que hicieron la historia de Portugal. Allí, uno de los "altos infantes", don Enrique, parece mirar, con gesto duro, penetrante, los secretos que guarda el insondable Océano que él comenzará a debelar.

De nuevo Don Enrique el Navegante.

Tenemos mucha prisa, y no podemos detenernos en la rica colección de azulejos y cerámica, que vemos al paso.

Hacia el Norte.

Ya estamos otra vez en el coche, dispuestos a proseguir nuestro camino, ahora hacia el Norte. Marchamos ribereños al gran estuario, deshaciendo parte del camino que nos llevó, hace escasamente dos días, a Lisboa. En el agro, plantío de olivas; encuadrando la carretera, adelfas.

Envueltos en el sopor de la cálida tarde, pasamos por Vila Franca de Xira; después, pinos, eucaliptus, vides con una guía, primero de palo, después serán pilares de granito, igual que se ven en los viñedos de Pontevedra. Dejamos el río.

Desfilan los pueblos blancos, con sus torres de remates menos agudos. Molinos sin velas, pinos resineros. En el valle, algunas altas chimeneas de fábricas.

En Río Mayor, frutales, cultivos, cereales. La yunta grada la tierra roja, del mismo color que los bueyes. Al borde de la carretera, espontáneas "muestras" de la cerámica regional.

En Río Mayor hemos tomado una carretera secundaria, que va paralela a la sierra dos Candieiros. Benedicta se aloja en un valle rico, con frutales y serrerías. Molinos de pequeñas y blancas velas triangulares, se mueven al impulso del viento. Pasado Turquel, bosques de alcornoques, higueras, olivas, vides y pequeñas parcelas cultivadas de habas.

Estamos subiendo; llegamos a Evora de Alcobça. La población se disemina, salpicando de blanco el verdor campesino.

*Recordando a
Inés de Castro.*

Al fondo el fértil valle de Alcobça, en donde algunas mujeres trabajan la tierra. La población de Alcobça aparece rodeada de trigales y naranjos.

El monasterio cisterciense de Alcobça lo funda Alfonso Enríquez, en gratitud por la ocupación de la fuerte villa de Santarem, a mediados del siglo XII. Se levanta en una indecisión románico-gótica de tanto interés, en sillería caliza. Los capiteles son todavía románicos, la traza de los arcos ya dibujan la ojiva. Las tres naves son esbeltas, de la misma altura.

En el crucero, los sepulcros góticos de Inés de Castro y de su amado Pedro I. A este monasterio la trajo desde Santa Clara en la vieja Coimbra, haciéndola reinar después de morir.

El claustro es de pequeñas columnas pareadas. Sala capitular, despensa, refectorio con el púlpito para el lector, me recuerdan otros monasterios cistercienses de España. La cocina es monumental y famosa; por ella pasa al Alcoa, para que sobre la impetuosa corriente se puedan labar las numerosas vajillas.

Las torres son del XVII, como la fachada barroca, de este monasterio-fortaleza.

En la Sala de los Reyes, los monarcas portugueses benefactores del monasterio; en esa teoría de reyes de las casas de Borgoña, Avís y Braganza, faltan los Felipes de la Casa de

Alcobaça: Fachada del monasterio, ya en estilo barroco.



Austria, y no creo que favorecieran poco al famoso monasterio. En los frisos, rica cerámica.

Seguimos en dirección a Batalha.

El primer lugar que nos sale al paso es Aljubarrota. Corremos por la meseta que culmina el valle. Esta posición dominante ocupaban las tropas del maestre de Avis, atacados, en mala hora, por las más numerosas del rey Juan I de Castilla. Las gentes del maestre, mejor situadas, derrotaron en seguida, con facilidad, a los castellanos y portugueses que defendían la causa legítima de la reina doña Beatriz, esposa del rey de Castilla. Derrotada la legitimidad, se entroniza sólidamente la casa de Avis, que da días de gloria a la nación portuguesa.

Don Antonio rezó un responso por aquellos soldados que cayeron en tan memorable ocasión; en donde se frustraba, una vez más, la unidad peninsular.

Vamos por una buena carretera, que nos lleva rápidamente a Batalha, situada en un valle ameno.

El monasterio se funda por Juan de Avis y su esposa Felipa de Lancaster, allí enterrados. Es una grandiosa fábrica, labrada en arenisca, dorada por los soles de muchos días, en traza gótica. El exterior parece un ligero navío, de airosos arbotantes y pináculos. La iglesia es de tres naves, cubiertas con bóvedas de crucería. Si se me pidiera una sola palabra para definir Batalha, diría simplemente: armonía. A pesar de los añadidos manuelinos.

¡Aljubarrota!

Batalha.

Llegamos a la iglesia después de las cinco, cuando ya han cerrado, en hora tan temprana, la capilla en donde yacen los fundadores con sus hijos, la *inclita generación de altos infantes*, que cantara Camoens: Pedro, Duarte, Fernando y Enrique el Navegante. Nos duele a todos dejar este noble solar sin ver el mausoleo, ni la sala capitular, de audacia constructiva.

Para los portugueses, hablar de Batalla es siempre referirse a la habida en Aljubarrota; para conmemorarla se levanta el monasterio.

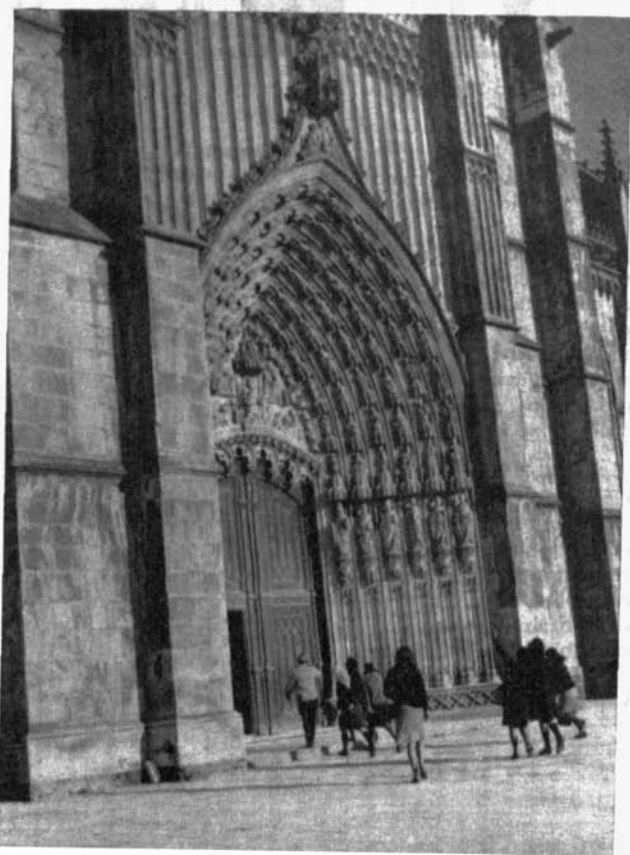
A Fátima.

Caminamos ahora por una buena carretera secundaria en dirección al Este.

El país ofrece al observador suelos calizos, plantíos de olivar y algunos viñedos. En Reguengo el paisaje se va haciendo más austero. Ascendemos, dominando el oscuro valle de suelo pobre, cubierto de pinares. El cultivo en parcelas minifundistas.

Don Antonio habla del significado de Fátima, disponiendo al ánimo para la visita al santuario.

La sensación que se tiene en Fátima es de silencio, de un silencio casi absoluto, a lo que contribuye la enorme soledad



El monasterio de
Batalha.

de esta gran explanada, dispuesta con cierta inclinación. Allá arden multitud de velas, frente al lugar de la aparición. Cierra la planicie la moderna fábrica del templo, dedicado a Nuestra Señora de Fátima. Es una iglesia luminosa, de capillas laterales, de exterior aterrazado, con una esbelta torre central, trazada en línea neo-barroca, culminada por una áurea corona y sobre ella la cruz. Todo se labra en caliza, de un tono más bien dorado, haciendo del conjunto algo amable y familiar, pero no grandioso.

El interior se llena con el murmullo de los fieles que rezan el Rosario; murmullo que sale al exterior por los altavoces y se dispersa en la enorme extensión plana.

Hay un no sé qué de sencillo en todo este conjunto de Fátima, de serenidad en estas solemnes horas del crepúsculo.

Cuando dejamos el santuario ya es de noche. Las sombras impiden a nuestra curiosidad observar el paisaje. Hemos de conformarnos con las luces de las poblaciones, que la rapidez del coche va dejando atrás.

Las luces de Coimbra, al otro lado del Mondego, se precipitan desde la torre de la Universidad al puente del río, que ahora cruzamos.

Sin pérdida de tiempo cenamos; la pensión que nos aloja fue, en el siglo XVII, convento de monjas, del que se conserva la portada de la capilla, con esta inscripción: "Es la casa de Dios", a su lado una campana.

Con don Antonio y Pedro callejamos por esta noche de Coimbra, planeando la visita que mañana haremos a la ciudad.

Subimos a la Universidad, ahora silenciosa; luego vamos al monasterio nuevo de Santa Clara, al otro lado del río; allí se nos ofrece un magnífico espectáculo de Coimbra, con sus miles de luces.

Coimbra parece una ciudad tranquila, con predominio de la línea antigua; bien iluminada y limpia. Paseamos por la calle del Vizconde da Luz.

Nuestra ciudad es la capital universitaria, por excelencia, de Portugal; administrativa de Beira Litoral.

Muy de mañana callajeo por los alrededores de la pensión en donde nos alojamos. Es una calle antigua, aunque más bien ancha, con abundantes y pequeños comercios. Es una calle popular, bulliciosa. Las mujeres pasan cubiertas con unos grandes chales, en general de tonos ocres, porque hace fresco en esta primavera de Coimbra.

A los extremos de la corta calle, hay dos templos: Uno románico, labrado en caliza amarillenta; la arquivolta le da carácter. Está sin culto. El otro es la iglesia de San Bartolomé, enclavada en parte, con una torre de chapitel barroco, muy

En Coimbra.

5.º *Día 26: El latín y los idiomas nacionales.*

portugués. Aquí va a decir la Misa, mosén Antonio, como yo le digo familiarmente. Oficia en el altar mayor, y lo hace, siguiendo el precepto conciliar, en su idioma vernáculo.

¡Qué bien suenan las palabras castellanas en el ámbito del templo! A fuer de sincero, que me alegra escucharlas. Más, en seguida pienso que también para nosotros es idioma vernáculo el latín, en cuanto al culto se refiere. Desde niño oí la Misa en latín y, como yo, millones de personas unieron al culto el sonoro idioma del Lacio ¿Entonces?

La Iglesia, sin duda, ha perdido un factor de universalidad, al dar entrada en los cultos a los idiomas nacionales. También ha perdido un factor de unidad. Ignoro los que habrá ganado, es de suponer que muchos. Pero en los países multidialectales, como los que han nacido en nuestros días a la independencia, el latín era, a no dudarlo, un vínculo y, sobre todo, algo que estaba por encima de los dialectos, de las preferencias locales, de los partidos. Recuerdo al efecto las sangrientas luchas que se están dando en nuestros días en la Unión India por la cuestión del idioma por no referirme a Bélgica o a otros países europeos.

De veras que no lo entiendo. Pero doctores tiene Salamanca...

La Universidad.

Subimos a la meseta en donde se asienta la antigua y prestigiosa Universidad de Coimbra. Al lado de las venerables construcciones se están levantando modernos edificios que albergarán, como nuevo marco, las viejas facultades.

El Mondego presta a la Universidad positivo valor; viene a ser como su telón de fondo, su paisaje, al servicio de este noble conjunto de historia y de sabiduría. El Mondego se integra en la proteica vida universitaria.

La estatua del fundador, Don Dinís, preside el patio. En la puerta, un bedel, ceremonioso, armado con sable. Por aquí y por allí los estudiantes; algunos con capas falsamente raídas, y negras levitas. Otros van sin el viejo y tradicional atuendo, y con el más variado dentro de la modernidad. Alguna muchacha estudiante, viste con la levita y el característico lacito en el cuello.

La Biblioteca Antigua es del siglo XVIII, con ricas maderas y valiosos libros, en número de un millón. Se conservan manuscritos del siglo XII.

La capilla es barroca, con un órgano del XVI.

En el Salón de Grados un valioso techo y las pintadas figuras de los reyes de Portugal. Tiene empaque, dignidad, este salón en donde se resume, en cierto modo, la vida universitaria.

Desde el espléndido mirador se ve una buena parte de la ciudad; el Mondego, de verdes y apacibles riberas, pasando bajo el puente armonioso, consigue un estupendo efecto de unidad paisajística. La Seo vieja, en románica línea; la nueva Catedral barroca.

Al otro lado del Mondego, culminando su ribera, se levanta el nuevo monasterio de Santa Clara. Delante de él, dominando el riante valle, la estatua de la Reina Santa, como se le conoce en Portugal. Se trata de Isabel, hija del rey aragonés Pedro III, casada con el soberano portugués don Dinís. Fue mujer de virtudes ejemplares, ejercitando, sobre todo, la caridad. La doctoral Coimbra la venera como patrona.

*Una Santa
Aragonesa.*

Hoy, el monasterio aloja a fuerzas del ejército; sólo la iglesia a él aneja, tiene culto. Entre esos muros se guardan, en urna de plata y cristal, en el altar mayor, el cuerpo de la Santa. Presidiendo esta capilla mayor una preciosa imagen de Santa Isabel, debida al célebre imaginero Texeira López.

En la cripta, el sarcófago policromado de la Reina Santa; en donde aparecen esculpidas las barras de Aragón, según me hace observar, rápidamente, Concha Ubeda.

Es sabido que las filtraciones del Mondego ponían en peligro el primitivo y viejo monasterio e iglesia de Santa Clara; por eso trajeron a este nuevo las veneradas reliquias.

Descendemos para visitar el Portugal de los Pequeñitos; una interesante versión a escala reducida, de los tesoros arquitectónicos que reúne la nación hermana. Nos recuerda algo al Pueblo Español de Barcelona.

*Un recuerdo
para la Excelente
Señora.*

Allí nos encontramos, de nuevo, con el Príncipe Navegante labrado en bronce; aunque sentado, está recorrido por ese dinamismo viajero y emprendedor que le dio justa fama. Detrás tiene un mapa del Mundo, en donde se destacan sus empresas subrayadas por una leyenda en bronce, que viene a decir: Que más descubriera si más tierra hubiese.

Al salir de la interesante muestra, visitamos las ruinas de la iglesia de Santa Clara la Vieja. Las filtraciones del Mondego hacen imposible su uso, terminando por arruinar tan curioso monumento. Aquí estuvo enterrada Santa Isabel.

Ahora quiero evocar, en medio de estas sombrías ruinas, a una infeliz mujer de Castilla, que vino a refugiarse, derrotada, sola, traicionada, en este monasterio, en el que murió. Esa pobre mujer, llamada por los portugueses la Excelente Señora, fue doña Juana de Tratámara, más conocida por el sobrenombre infamante de La Beltraneja. Permitidme que la tribute, en esta mañana de Coimbra, la romántica justicia del recuerdo. Un recuerdo para el vencido.

Por algún tiempo llevamos de compañero al Mondego.

La carretera es tortuosa; pinos, naranjos, pequeñas vegas y diminutos caseríos, alguna oliva. Por Covelos la población es diseminada, como en nuestra Galicia. Valles y vegas. En Ponte Velha, vides, cereal y olivas. Por Villanueva de Goias, pinos y eucaliptus. En San Miguel de Pioares pinos, como indica el

*Caminando hacia
el Este.*

topónimo. Se despeja algo el horizonte, siguiendo el poblamiento diseminado.

La carretera, en un golpe ascensional, va casi por las cumbres. Los chapiteles de las torres de campanas son, por lo general, barrocos.

Caminamos por una zona serrana, con pequeños caseríos, en el granito. De nuevo el río Mondego; su valle alto tiene abundantes robles. En Celórico de Beira un castillo y buenas huertas sobre una tierra que nos parece fértil. En Chaos, robles y mujeres trabajando con sus azadas. Aquí, en esta tierra alta, la primavera es más tardía. Ha desaparecido el olivar. Cerca de los caseríos los redondos perfiles de los henares.

Sin detenernos pasamos por las afueras de Guarda, la ciudad más alta de Portugal.

En Guarda sopla un viento frío. A partir de esta ciudad descendemos por un suelo de granito, con rodales de pinos. En Poviado do Millen, Arrifeno, las mujeres llevan negros mantos, como si fueran velos. Descendemos entre pinos y robles. El paisaje se hace más árido, el suelo más pobre. En Pinzio, ganado, robles centenarios, alternando con cereal. Caminamos sobre la Meseta; las líneas del paisaje se hacen monótonas, horizontales. Otra vez la encina y algún viñedo.

Pasado Castelo Mendo se inicia un valle sombrío, tajado por el Cóa, afluente del Duero. Sobre un cerro granítico se levanta Castelo Bon, con algunos perales en flor y robles por doquier. Estamos pasando una línea fronteriza, erizada de castillos.

De nuevo en España.



Salamanca: La Catedral, en línea barroca de tipo jesuítico.

A 17 kilómetros España, reza un cartel. En Villar Formoso, los viajeros compran café y procuran deshacerse de los escudos sobrantes.

Al pisar de nuevo la tierra española alguien da un Viva España. Los aduaneros, los guardias, son amables. Sin más novedad seguimos nuestro camino a Salamanca.

Allí queda, plantado en la llanura, el pueblo de Fuentes de Oñoro, primero al entrar, por esta zona, en España.

El coche devora los kilómetros, en esta llanura. A nuestra izquierda, algo lejos del camino, el pueblo de Gallegos de Argañán.

Advierto que en las estradas portuguesas las señales eran blancas y negras, aquí son blancas y rojas. Al mismo tiempo la carretera española es siempre algo más ancha.

Pasamos el Azaba y, poco después, El Carpio de Azaba; una vez más el topónimo *carpio* se da al lado o cerca de un río.

Las primeras sombras de la noche caen sobre nosotros a la altura de Ciudad Rodrigo. Esto nos impide entrar en algún detalle de la importante plaza fuerte. Distinguimos la masa de la Catedral y el cuadrado perfil de la Torre de Enrique II de Trastámara. ¡Es lástima que nuestro deseo de visitar esta ciudad episcopal no pudiera realizarse!

Ya, sin luz, corremos a 90 por hora, por la llana comarca de La Berzosa; acercándonos, por momentos, a Salamanca.

A pesar de la dura jornada salgo después de cenar, a tomar café en la Plaza Mayor de Salamanca. No quiero privarme del espectáculo de esta Plaza que tiene el encanto de lo siempre nuevo. Está iluminada; hay alegría, vida, dinamismo y... grandeza monumental.

La ciudad amanece pronto al frío de esta primavera mesetaria.

El hotel cae cerca de la Plaza Mayor y de la Iglesia de San Martín, gótica de transición, como la evidencian esas ojivas abiertas en exceso. Lucillos y estatuas yacentes en los muros laterales.

Admiramos la Casa de las Conchas y se resiente nuestro bolsillo de la visita.

La Clerecía es una hermosa iglesia, barroca, de estilo jesuítico. En ella el sarcófago del gran duque de Alba, don Fernando Álvarez de Toledo, el que venciera en Cascaes a los partidarios de don Antonio, prior de Crato.

San Esteban ya merece el viaje a Salamanca, para ver esa riquísima obra de pétreo orfebrería, labrada en la dorada arenisca salmantina. Los dominicos salmuerdan en bronce, al que fue ilustre prior de este monasterio, Fray Diego de Deza, catedrático de Teología de su Universidad y arzobispo de Sevilla.

La Torre del Gallo, rematando la románica Catedral vieja, nos muestra la realidad unitaria, la constante estilística de esa

Por El Campo de Argañán y La Berzosa a Salamanca.

6.º *Día 27: La Roma española.*

línea que va por el antiguo reino de León, a través de Zamora, Toro, Salamanca, Cáceres, Plasencia.

En los muros de la Catedral nueva se ven los rojos trazos de viejos victores. Ya en el interior, en el trasaltar, las figuras de San Juan y de Santa Ana, de Juan de Juni.

Austeridad.

El patio de la Universidad está presidido, desde la fachada plateresca, por los retratos, en sendos medallones, de los Reyes Católicos. Mas también, por la bronceínea estatua de Fray Luis de León, que llena de dignidad este recinto ilustre.

En la cátedra llamada de Fray Luis, el profesor, ante esta lección de austeridad, advierte a su joven auditorio de la responsabilidad que en la hora presente les cabe por su condición de estudiantes. Los rugosos y duros bancos, las encaladas y humildes paredes, los poderosos arcos que sostienen la techumbre, las luces de los mortecinos candiles, son otros tantos motivos de austeridad y de meditación. Aquí "donde toda incomodidad tiene su asiento", se labró la mejor historia de España, la del Siglo de Oro. Aquí se sentaron Garcilaso, Lope, Quevedo, entre otros.

De nuevo tenemos, para entrar, que pagar el tributo; aunque en este caso sea a un recinto universitario y los visitantes universitarios también. ¡Inexplicable! En un pequeño Museo "El Firmamento" de Fernando Gallegos, y tablas de Francisco y Juan de Borgoña.

En el Paraninfo, la vieja Universidad vuelve a dar una lección de sobriedad.

Tablas de Fernando Gallegos adornan el retablo de la capilla.

En uno de los claustros, los estudiantes argentinos dedican una lápida al patricio Manuel Belgrano, general libertador, que estudió en estas aulas.

En la Catedral Vieja.

A las primeras horas de la tarde visitamos, acompañado de mi colega y amigo Pedro Rodríguez Muñoz, la Catedral Vieja. Aligerada nuestra débil bolsa, entramos, por fin, en la románica Sede. Presidiendo la capilla mayor está el retablo de Nicolás Florentino.

Son ricas e interesantes las capillas de Talavera, de Lucero, con valiosas azulejerías. De Anaya, con los sepulcros de yacentes esculturas de Gutierre de Monroy, Constanza de Anaya y del obispo Diego de Anaya y Maldonado, que asistió al Concilio de Constanza. Todas labradas en precioso alabastro. En esta capilla un antiquísimo órgano figurando un castillo.

Algunas de las figuras sepulcrales que hemos visto, son de clérigos tocados con bonetes, en los cuales se inician los cuatro picos o puntas, tradicionales en el atuendo eclesiástico, que se ha abandonado sin, al parecer, causa suficiente, por el birrete italiano; iniciaron el cambio los preladados y ahora siguen la moda buena parte de los clérigos.

En la grata compañía de Pedro Rodríguez Muñoz, seguimos nuestra visita por esta Salamanca monumental. Así llegamos a la casa del poeta clasicista Meléndez Valdés, el más grande poeta de su tiempo al decir de mi amigo. Monterrey con su crestería plateresca, es uno de los más hermosos palacios de la época renaciente.

En la iglesia de las Agustinas, de línea jesuita, contemplamos la extraordinaria Purísima de Ribera.

Por las cuatro calaveras que aparecen en su fachada plateresca, se llama a esta mansión la Casa de las Muertes; recientemente arreglada. En el óvalo, el rostro sumido, de un tremendo realismo, del obispo Fonseca; no estará demás advertir que era descendiente de una familia portuguesa partidaria de la legitimidad, frente al partido del maestro de Avis, luego de Aljubarrota, Juan I.

Nos acercamos a ver otra fachada plateresca, una más, en la estupenda muestra que en este estilo nos ofrece Salamanca: La del convento del Espíritu Santo.

Como recuerdo del pasado feudal, ahí queda la espléndida torre del Aire, y, sobre todo, esta magnífica llamada Torre del Clavero; erigidas en la época de los Reyes Católicos, como una tardía réplica de las luchas urbanas.

Salamanca tiene el valor de haber sabido respetar su peculiar línea arquitectónica, su antigua prestancia urbana. La Gran Vía y la pulcritud seguida en la ciudad vieja, así lo atestiguan. Pero... hay una excepción, incomprensible; en la plaza de los Bandos, todas las modernas construcciones se han plegado a la común necesidad de guardar el carácter de la ciudad, todas, menos ese edificio de cristal en donde se aloja el Banco de Salamanca. ¡Inexplicable y lamentable!

En la recoleta plaza de Santa Teresa, la vivienda en donde residió la Santa; la portada impresiona por su sencillez y las descomunales dovelas. En aquella se levanta un rollo jurisdiccional, en estilo gótico.

De mañana salimos de Salamanca, con tiempo fresquito.

A la derecha camina el Tormes, doblegándose, desde hace milenios, bajo la servidumbre de los viejos arcos del puente romano. Más alto, en su línea esquemática y oscura, el moderno puente del ferrocarril.

En la abierta llanura, las humildes espadañas de las iglesias, y el tenue humo envolviendo los horizontales caseríos. Los olmos, con los nidos colgados de las desnudas ramas, encuadran el recto camino, lleno de ascetismo.

Calvarrasa, viene a confirmar la llanura desforestada y árida de este noble Campo de Salamanca.

De nuevo el Tormes, de lentas aguas. En seguida el caserío de Encinas de Abajo; después Ventosa del Río; ahora es el

*Callejeando
por Salamanca.*

7.º *Día 28, último día de viaje. Por el Campo de Salamanca, La Moraña y La Tierra de Avila.*

Alamar (topónimo castellano y portugués, se le podría dar, en este caso, el significado de río de las Florecillas).

Bosques de encinas. En el lejano horizonte, la mancha verde-oscura de los pinos piñoneros en pequeños rodales; en nuestro frente el perfil urbano de Peñaranda, con sus torres y la geometría amarillenta del silo.

Ya caminamos por la comarca abulense de La Morafia. Cruzamos el pequeño río Regamón, que discurre por un triste país deforestado, de economía extensiva. Ante nosotros el pueblo de Gimaiación, de cuadrada torre; poco después el de Salvados. De nuevo el poderoso y áspero encinar, todavía sin el suave adorno del azahar. El pueblo de Chacarrero, con algún cultivo, y otra vez el encinar; en él se ven los montones de leña dispuesta a ser carboneada.

Ahora estamos pasando por un país más quebrado, con afloraciones graníticas; Muñogrande, San Pedro del Arroyo, La Alamedilla. En seguida se recorta, en el límpido horizonte matinal, las impresionantes murallas de Avila, que parecen recién estrenadas.

Pasamos el Crucero. En seguida visitamos la Encarnación; en sus muros una emotiva lápida recordando al cardenal Roncalli, luego Juan XXIII, cuando visitó el famoso monasterio en el 1958.

El espíritu de la Santa.

Todo lo llena, en este monasterio, el ancho, llano y valiente espíritu de Santa Teresa de Jesús. Hay austeridad, ascetismo, pobreza en sus mansiones. Locutorio, celosías, confesonario, la tierra que pisó; todos son recuerdos.

La iglesia conventual es barroca.

San Vicente y Santo Tomás.

La iglesia de San Vicente, donde reposan las reliquias de este santo, martirizado en Avila, pertenece a ese grupo de romántico leonés, ya evolucionado hacia el ojival. Encanta la suave línea de sus arcos, la belleza del atrio, con los graciosos baquetones y la riqueza escultórica de su pueta principal, influida por el Pórtico de la Gloria de Santiago de Compostela. Antes de marcharnos de aquí, visitamos la imagen de la Virgen Soterrafia.

El Santo Tomás, de estilo isabel, admiramos el retablo de Berruguete y el bellissimo sepulcro de don Juan, único hijo varón de los Reyes Católicos; labrado en purísimo alabastro por Doménico Fancelli.

El que tanto escribió.

Llama la atención el ábside de la Catedral de Avila, integrado en la muralla como baluarte; es un cubo, y el mayor, de esta línea defensiva. También es poderosa la torre que se levanta sola, apoyada en los airosos contrafuertes que la dan esbeltez. Los arcos de las campanas se adornan por graciosos gabletes. El románico de transición, el gótico, el renacimiento, van quedando plasmados en su fábrica. En el retablo mayor, pinturas de Pedro Berruguete y de Juan de Borgoña.

En el trasaltar, dando vista a la giroía, encontramos al obispo de Avila Alonso de Madrigal, más conocido por *El Tostado*; escribió tanto que sirve de módulo para los que, desde entonces, usan con frecuencia la pluma. El genio escultórico de Vasco de la Zarza, labró, en estupendo alabastro, la figura sedente, mitrada, en actitud de escribir, del famoso prelado.

Pasamos al Museo, después de vaciar nuestros bolsillos; allí una custodia, de estilo renacimiento, debida a Juan de Arfe; vemos también un retrato que recuerda la técnica de El Greco, pienso si será de su discípulo Tristán.

En el pulcro y limpio caserío abulense se levantan palacios y torres, uno de ellos es el de Núñez de Vela, o el de Polentinos, o este del marqués de Velada que abre sus puertas a la plaza de la Catedral, de limpio granito. Una vez más las torres, ahora en Avila; esa cuadrada, almenada, con matacán, es la de los Guzmán, con el alfiz amparando las grandes dovelas.

Ya es medio día. El comedor es grato, el sol entra en él suavemente por los vidrios melados del techo y alegra estos finales de nuestro viaje. A todos les ha parecido interesante, pero corto; a pesar de las múltiples cosas vistas y los muchos kilómetros recorridos, añadiría yo.

Acomodados de nuevo en el coche, iniciamos el regreso. Caminamos por un paisaje granítico, de encinas, prados y cultivos. Ahí está para respaldar lo del granito, el pueblo de Berrocalejo. Después salvamos el río Voltoya, que desliza sus limpias aguas entre pulidos canchales. Ahora la cuarcita sustituye al granito. El encinar se levanta sobre una tierra de fuertes tonalidades rojas.

En Aldeavieja, vuelve el granito, en su maciza y cuadrada torre; a la izquierda, en un altozano, solas, aisladas, las pobres ruinas de la antigua iglesia, que tal vez motivaran el nombre del pueblo.

Entramos en la provincia de Segovia, con robles y granitos. Pasamos el arroyo de Cardeña, afluente del Voltoya. Los olmos, más que centenarios, dan empaque a esta carretera, que nos va acercando a Villacastín.

Ahí está la monumental fábrica del templo, dominando el paisaje y el caserío. De severa línea herreriana. ¡Qué bien le va a este paisaje adusto, severo, sin concesiones, los escuetos perfiles de la iglesia de Villacastín; levantada en poderoso granito! ¡Qué grandeza hay en este conjunto, en donde el hombre y el medio se integran de manera total!

Villacastín es un pueblo de carretera, de ruta; con hoteles, restaurantes, bares.

El suelo se va dinamizando. Sobre él, las torres metálicas, conduciendo energía, ponen una nota de progreso y fuerza

Plaza de la Catedral.

La iglesia de Villacastín.

Por el túnel del Guadarrama.

entre los verdes chaparros y el idílico pastar del vacuno, sobre los serranos prados. La carretera se va elevando, guardada por esos puntiagudos postes de granito. Enfrente, la masa osca, de tonos apagados, oscuros, de la sierra. Pesados camiones van subiendo la pendiente, despacio, envueltos en su mismo humo y ruido. El pinar se hace más denso, apretándose contra las pendientes.

Cruzamos el arroyo del Cristo y, después de tributar el peaje, nos metemos en el largo túnel, de seis kilómetros, recorriendo en escasos minutos la estúpida calzada abierta en el macizo rocoso, bajo el Alto de los Leones. De esta manera, sin peligro, con rapidez y mínimo gasto, salvamos por el túnel el trabajoso puerto.

Salimos de nuevo a la luz.

La Sierra se urbaniza.

En seguida, hermosas construcciones sanitarias o de reposo. El caserío de Guadarrama es de aspecto confortable, con viviendas de negra pizarra.

Ya desde San Rafael, al otro lado, la Sierra empieza a urbanizarse, convirtiéndose los pueblos en una serie de amenos y salubres barrios de Madrid. Por la Sierra respira la Capital. Los que fueron en el pasado humildes pueblecillos serranos, condenados a sacar piedras de sus inagotables canteras y llevarla, en pesadas carretas, a Madrid, se han convertido en lugares de descanso, de fin de semana, de expansión. El ir a la Sierra, antes costoso, es hoy algo que se suele hacer a diario, en las estaciones idóneas.

La doble autopista desde Villalba, con varias direcciones cada una de sus dos ramas, se va a convertir, dentro de poco tiempo, en la Gran Vía Serrana, haciendo posible una más densa población.

A lo lejos, frente a nosotros, el bosque urbano de Madrid, envuelto en neblina.

Rápidamente pasamos Las Matas, Las Rozas, todo entre pinares, granito, torres metálicas de emisoras de radio, ferrocarriles eléctricos; dinámica urbana, en una palabra. A nuestra derecha queda el esqueleto de un Foro Romano, levantado por Samuel Bronston, para una de sus producciones cinematográficas.

Puerta de Hierro, la Ciudad Universitaria, el Arco del Triunfo, el Ministerio del Aire; todo limpio, urbano, como recién estrenado. Madrid nos recibe sin dar sosiego a su vértigo.

La Plaza de España, con esos colosos del mundo moderno que son los rascacielos, y, en seguida, la Gran Vía, que se nos quedó estrecha, llamándonos desde los pretenciosos y desaforados cartelones de sus múltiples cines.

La calle de Alcalá, más sosegada y ancha, al fluir de los coches.

El Prado, siempre armonioso, aristocrático, con sus románticas fuentes. Al pie de una de ellas hacemos alto y damos por terminado nuestro viaje.

De nuevo la pesadilla de las maletas. Saludos a la femenina representación de nuestro Instituto, que nos recibe. Despedidas, ofrecimientos, gratitud y... este Madrid nos mete, quieras que no, en su vórtice, disolviéndonos en la fenomenal algarabía de su dinámica.

ACABA DE PUBLICARSE

BIOLOGIA
CURSO PILOTO PARA PREUNIVERSITARIO

Por

*Alfredo Carrato, Dimas Fernández Galiano,
Tomás Alvira y José Vives Codina*

Ptas. 200

C. O. D. - O. C. D. E.

Publicaciones de la Dirección General de Enseñanza Media